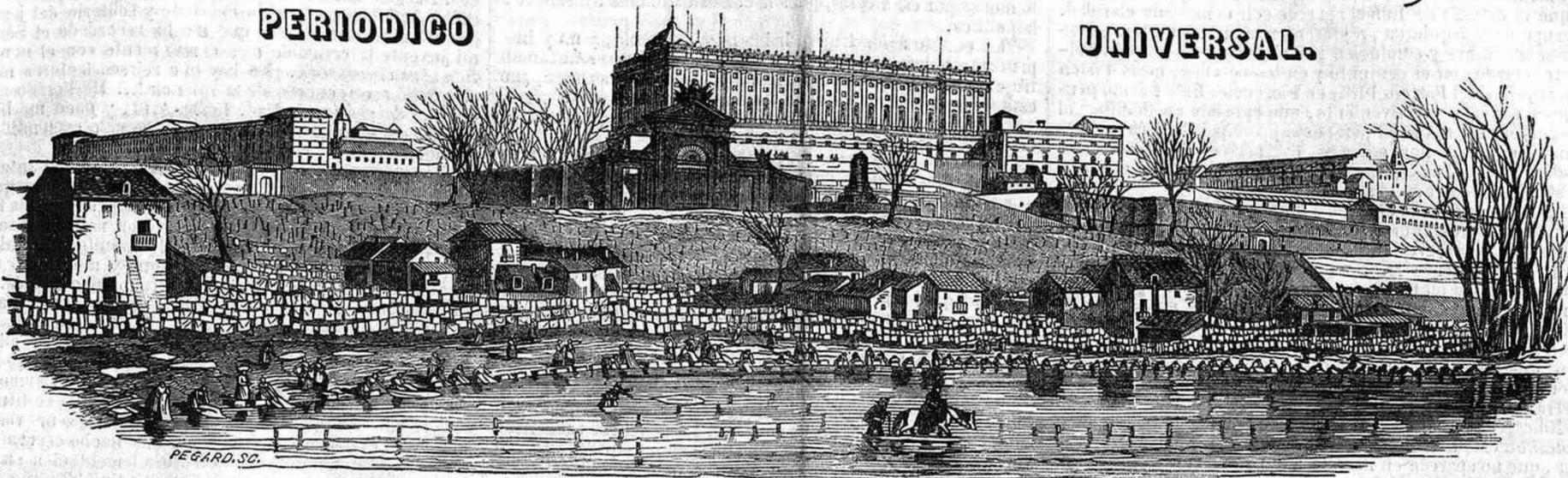


# LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.  
Número suelto 4 rs.

NUM. 28.—SÁBADO 10 DE JULIO DE 1852.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.  
Ultramar y extranjero: Año 80.

## SUCESOS DE ACTUALIDAD.

### CORRIDA EXTRAORDINARIA DE TOROS,

EN PROVECHO DE LOS ESTABLECIMIENTOS  
DE BENEFICENCIA.

Toros y mas toros; en vano buscaríamos otro suceso de actualidad que consignar en LA ILUSTRACION: convenida nuestra sociedad de la utilidad é importancia de este espectáculo, ha convenido en hacer de él el gran asunto de la época; nada mas acertado que este pensamiento; así al menos tenemos la ventaja de que España camine al frente de todos los países cultos en una ciencia, como ahora se la llama, en... la tauromaquia: es verdad que aventajamos á todo el mundo en el arte en cuestion—que de arte y ciencia calificamos el toreo—porque ningun país se ocupa de él; pero en cambio nosotros tampoco nos curamos de los progresos que las ciencias y las artes hacen fuera de España en otros ramos, menos útiles sin duda alguna, que la ocupacion de matar toros y caballos, y váyase lo uno por lo otro.

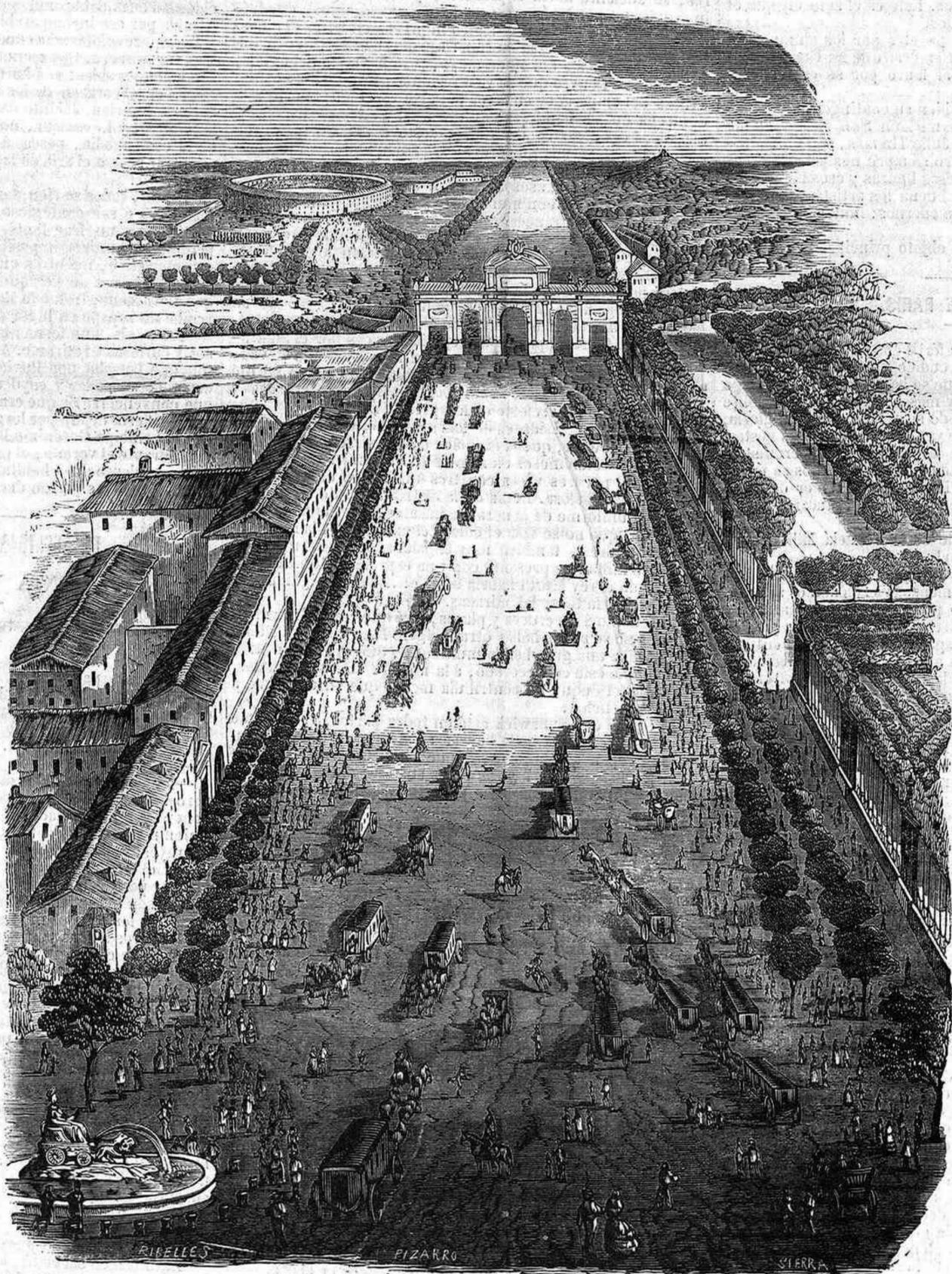
A estas líneas acompaña una notable vista del aspecto que ofrecia el domingo anterior la calle y puerta de Alcalá, y las inmediaciones de la plaza, á la hora de entrada en la gran corrida que tanto ruido hizo, y que tan lejos estubo de ser lo que se esperaba. Es cuanto nos queda que hacer para cumplir con nuestra mision de consignar en este periódico las fiestas públicas mas notables: toda descripción de la que nos ocupa, sería forzosamente una copia de las mil y mas que se han publicado; basta y sobra con estos renglones y con el grabado que la acompaña.

### EXPOSICION DE LONDRES.

#### BELLAS ARTES.

#### OBRAS REMITIDAS DE ROMA.

Nuestros lectores habrán de permitirnos una digresion en el exámen que nos ocupa de las máquinas espuestas por la Gran Bretaña en el Palacio de Cristal: el único mérito de los artículos que acerca de la gran Exposicion vamos publicando, consiste en la variedad de los cuadros que ofrecemos, y ese mérito no es nuestro, sino de la ordenada confusion, del arreglado desórden con que los



Vista de las inmediaciones de la Plaza de Toros, á la hora de entrada á la gran corrida del 4 de Julio.

viajeros de todas las naciones han visto amontonados en Hyde-Park los objetos mas heterogéneos. Pedida ya la venia y presentada la disculpa de nuestra digresion, entremos en materia.

Una de las mas grandes instituciones artísticas que se deben á la Francia, es su Academia en Roma. Hace ya mas de dos siglos que este mismo pensamiento engendró el establecimiento de las bellas artes. Antes de 1777, los jóvenes que buscaban inspiraciones en la ciudad de los Césares, y se dedicaban en ella al estudio de los modelos de la antigüedad y del renacimiento, pasaban una vida cómoda y deliciosa, entregándose al *dolce farniente*, y olvidando el objeto principal de su viaje. Fué pues, preciso poner un término á la locura, y se trató de hacer productivo el tiempo.

Publicose al efecto una órden disponiendo que los mencionados jóvenes probasen que su permanencia en Roma no era infructuosa, y de aquí resultó una produccion anual, que recompensaba al Estado los sacrificios que hacia en beneficio del arte.

Desde entonces remiten sus obras los agraciados, y de este modo se presenta una esposicion, á la cual concurren los ausentes y los que se disponen á partir.

Este sistema merece elogios y crítica: elogio por el principio que lo constituye; crítica por su aplicacion.

Es muy sencilla la idea de preparar grandes obras por medio del culto tributado á otras ya clásicas: este método debiera en efecto producir utilísimos resultados. El estudio de las grandes concepciones de Rafael, de Miguel Angel, del Veronés y las creaciones de Fidias, las columnas de Trajano, el Coliseo, el Panteon, los Sepulcros, obras en que se eleva la evocacion de la antigüedad para hablar el lenguaje del arte á las almas que las interrogan, no solo es la mejor inspiracion que puede desearse para formar excelentes pintores, escultores aventajados y sabios arquitectos, sino que en nuestro concepto los jóvenes no deberian copiar en Roma las obras maestras, sino inspirarse en ellas para dar á luz otras enteramente originales.

Este pensamiento es hijo del exámen de tres cuadros remitidos de aquella capital al palacio de Bellas-Artes de París, y espuestos después en

el de Londres, á saber: *Antigone y Polynice*, de M. Lepneveu; la *Partida de Protesilao*, de M. Leon Benonville, y la *Muerte de Aisís*, de M. Calanbel.

Este último lienzo es una composición de quince figuras, en que el estudio de Rafael aparece con demasiada claridad. El grupo de la izquierda, representando al Padre Eterno sentado sobre nubes y conducido por ángeles, está muy literalmente tomado, en el conjunto y en los detalles, de la *Visión de Ezequiel*, del Palacio Pitti, de Florencia. Este mismo grupo presenta otro inconveniente, que consiste en dominar al otro, en el cual figura el personaje principal. Moisés no tiene mérito alguno. Por lo demás, hay partes en el cuadro trabajadas con mucho acierto y gusto, especialmente en el grupo celeste. El tono general es triste.

Lo mismo puede decirse de la *Partida de Protesilao*, composición de tres figuras teatralmente dispuestas, como en una escena de tragedia. Sería curioso averiguar el motivo que ha podido tener M. Benonville para elegir á *Protesilao* con el objeto de pintar un cuadro histórico. Dicho personaje, si nuestra memoria no nos es infiel, era un aventurero de Egipto, al cual predijeron que si iba á Troya con los demás griegos, perecería; lo cual le aconteció en efecto, pues no bien hubo desembarcado, cuando fué muerto por Héctor. El cuadro representa el momento en que se embarcó para la guerra.

No carece de corrección esta obra, pero sí de inspiración. *Protesilao* está á algunos pasos de *Lademia*, su joven esposa, que no aparece en manera alguna apasionada ni inconsolable, ni mucho menos revela el arroyo con que después de muerto el guerrero, se precipitó según dicen en una hoguera.

En cuanto al primero de los tres cuadros designados, muy poco tenemos que decir. No hay en él mas que dos figuras, pero mucho mejor concebidas y mucho mas interesantes. Ya se sabe que á pesar de la prohibición impía de Creon, Antígona hizo honores fúnebres á su hermano Polmia, cuyo cadáver yacía insepulto cerca de Tebas. Este es el acto en que el pintor presenta á los dos hermanos.

La mejor obra de todas las espuestas por los alumnos de Roma es una *Phryne*. El niño *Demócrito* de M. Gustavo Rodolfo Boulanger puede aspirar al lauro por su espresión y buenos toques de colorido.

La escultura ha ofrecido también su contingente. El *Anacreonte* de M. Guillermo, un *San Sebastián* de M. Pineau y una *Minerva* de M. Julio Thomás, son obras hechas con mucha conciencia. Pero siempre nos preguntamos: ¿cuando acabarán esos grupos, esas figuras y esos bajo-relieves antiguos? Estudien en hora buena los artistas, pero que nos pongan á la vista objetos modernos: imiten los buenos modelos, pero no los plagien.

Hé aquí, según creemos, el objeto principal del arte en nuestros días.

## REVISTA DE PARIS.

El mes de mayo ha sido tan fértil en placeres, que de todas las partes del mundo han acudido extranjeros á nuestro suelo parisiense. Ciertamente que se ha desquitado el tiempo perdido, pues ha habido bailes y mas bailes, maravillas sobre maravillas. París ha reconquistado su reputación y su gloria, y no se detendrá allí, puesto que ya se habla de nuevas fiestas. ¿Sabéis, queridos lectores, que la posición de un cronista ó una cronista se mejora incesantemente? A lo menos se puede decir algo, y hasta se puede decir mucho sin temor de fastidiar. De consiguiente estoy convencida de agradaros hoy, y esto me llena de alegría y vanidad.

Comenzaré pues por el baile de la Escuela Militar.—¡A todo soldado francés, todo honor!...

Este baile se ha dado en el gran patio de honor de la Escuela Militar, transformado en inmensos y espléndidos salones. El fronton interior del edificio principal estaba guarnecido de un sólido enmaderamiento dividido en tres naves paralelas, separadas entre sí por dos espaciosas galerías. La entrada de la nave del centro, destinada al baile, estaba precedida de un vestíbulo con espléndidas pilastras sostenidas por cuatro cañones y cuatro obuses que salían de una gran mata de flores naturales. Los largueros de estas pilastras estaban adornados con sables-puñales que representaban como una tela de acero, de pistolas de arzon y de hachas.

De la boca de cada cañón salían gruesos ramilletes de flores artificiales. Junto á la puerta de ese vestíbulo estaban colocadas dos figuras de caballeros montados, con sus armaduras y lanza en mano, y á cada lado de la sala de baile se elevaban dos columnas de cinco metros, formadas de balas de cañón, de cañones de fusiles y sables, y sostenían, la una el busto del emperador, y la otra el del príncipe Luis Napoleón. Detrás de esas dos columnas estaban suspendidas la cruz y la medalla de honor creadas últimamente, figuradas en proporciones colosales con una mezcla de todas las armas. La sala de baile tenía una altura de veintidós metros, y abrazaba en su elevación el fronton interior y una parte de la notable fachada debida al ingenio del arquitecto Gabriel. En toda su longitud comprendía ochenta columnas cuadradas, que llegaban al techo, y sostenían dos grandes galerías construidas á seis metros del suelo, á las que se subía por dos espaciosas escaleras. El conjunto de la decoración del fronton tenía el sello de los siglos XV, XVI y XVII, y las cuatro columnas que lo soportaban, estaban revestidas de ricas panoplias de un carácter elegante aunque severo. Mas allá de esas columnas estaban acampados fieramente unos caballeros armados de punta en blanco, y por encima del íctico serpenteaba una ancha banderola, con esta divisa escrita en caracteres de oro: *Honor y patria*. Al pié del fronton se había elevado un estrado de tres gradas, sobre el que se colocó el príncipe presidente.

Si hubiese de describir todas las columnas y panoplias, todos los vestíbulos y salas, y decir todas las maravillas de cada galería cargada de armas de gran precio y de flores naturales, temería cansar vuestra atención sin conseguir pintaros toda la magnificencia de esta fiesta.

El golpe de vista era mágico. Dicen que había veinticinco mil bujías; pero lo terrible y gracioso á la vez, era el ver obuses, morteros y cañones, vomitando ramilletes de sobrenaturales dimensiones. ¡Máquinas destructoras haciendo brotar rosas!... ¡Qué contraste!

Aunque en el baile del ejército había algo de confusión, estaba admirable, y un extranjero ha debido creerse transportado al palacio de algun mago poderoso y guerrero. El aita-bál San German había tenido á bien no hacer el desdichado, á lo menos por esa noche, pues la curiosidad había avasallado á la política.

En cuanto á los trajes, había mucha mezcla, y muy imprudente habría sido la señora que se aventurase a llevar un traje de baile nuevo. Pero una muger joven y hermosa, ¿no está siempre adorable aun en traje modesto y sencillo?

Ahora os hablaré de la fiesta dada por el príncipe presidente en el palacio de las Tullerías.

A eso de las nueve se principió la introducción en el teatro de las señoras condecoradas, que fueron colocadas en una fila de palcos abiertos, de manera que pudieran verse y ver bien. El príncipe Luis Napoleón estaba rodeado de su cuadro ornamado de ministros, mariscales y generales en gran uniforme. Solo el príncipe Napoleón, hijo de Gerónimo, estaba con frac negro y sin ninguna condecoración en medio de todo aquel lujo de bordados, charreteras, cruces y placas de plata, que con su brillo hacía parecer sencillo el uniforme del presidente.

Levantado el telón á las dos menos cuarto, se dió principio á la representación de *Lademoiselle de la Seiglière*, una de las mejores comedias modernas que yo conozca, y obra de M. Julio Sandeau, que se ha estrenado en la carrera galante y literaria en compañía de Jorge Sand. La pieza fué escuchada como se escucha en la corte, sin aplausos, aunque varias veces dió el príncipe presidente visibles muestras de satisfacción á Sanson, Leguier, Maillart y la Magdalena Brohan. Se adivinaba que los grandes ojos de Magdalena Brohan podían mas que la etiqueta; pero no estalló la explosión hasta que se terminó la pieza, en cuyo momento resonó una gran salva de aplausos que duró hasta que se levantó de nuevo el telón. La Judith vestida de musa con gasa blanca y coronada de flores, se adelantó hacia el proscenio y recitó algunos versos improvisados por M. Mery (*La vuelta de las águilas*), que fueron distribuidos en todo el teatro impresos en letras doradas. En estos versos se hacía alusión: «primero al sol, que había eclipsado la fiesta del 18 de mayo, para la vuelta del águila; segundo al Louvre que se va á terminar; tercero á las solicitudes del emperador en favor del arte escénico; cuarto á la entrega de las banderas; quinto á las banderas tricolores salvadas del desastre del Loire; sexto á una evocación de «la sombra imperial, que ordena al príncipe presidente concluir la obra interrumpida de su tío.

Estrepitosos aplausos acogieron el final de esta oda napoleónica, recitada con mucho arte y lisonja por la linda pensionista del teatro francés. Apenas se bajó el telón, se levantó en seguida sobre un capitan de la guardia republicana en gran uniforme, con solapas encarnadas y pantalón azul celeste. Ese oficial, hijo del ex-socio Lalont, de la comedia francesa, tostado por el sol de la India, donde ha seguido los ejércitos de Runjea-Sing, á las órdenes del general Allart, sacó de su bolsillo un manuscrito y principió á leer versos de su composición, que fueron aplaudidos repetidas veces por el auditorio militar. El príncipe Luis Napoleón manifestó alta y visiblemente su satisfacción. Era la una y cuarto cuando se dió principio á *Les rendez-vous bourgeois*, representadas y cantadas por lo mas selecto de la Ópera Cómica.

Una de las curiosidades de todas esas fiestas ha sido el duque de Brunswick, que cansado de distinguirse por los innumerables y voluminosos diamantes de sus trajes de paisano, se presentó por tres veces con tres uniformes diferentes de una riqueza fabulosa. El día de la distribución de las águilas llevaba el uniforme de general de húsares, tan bordado y engalonado, que no se veía el color del paño; en el baile llevaba un uniforme, también muy engalonado; y en fin, en el banquete militar se presentó con una especie de túnica como la que solo el rey Murat habría soñado!... De consiguiente el duque se atraía todas las miradas.

En cuanto á las cruces y placas, diré que era el firmamento, pues no se puede hallar otra imagen. Para completar todo eso, llevaba una gran banda multicolor, que reunía las otras seis con que está condecorado, á la manera de los soberanos. La figura del duque no contribuía menos que su uniforme á llamar la atención.

El duque de Brunswick está en todas partes, es el héroe de los salones. Después de buscar al príncipe presidente, todos se ocupan al punto del duque de Brunswick.—¿Como es?... ¿le habéis visto? ¿trae todos sus diamantes?... Hé ahí lo que se preguntan todas las mugeres... ¡Dichosos personajes!... ó mas bien: ¡Dichosos diamantes!

Después de la representación en la corte Elísea, pasamos al jardín del ministerio de Obras públicas. Advertían nuestros lectores que son las dos de la tarde, que el sol derrama olas de oro, y que el cielo está azul y puro como en su rico y hermoso clima. Es una fiesta de día, una *Kermesse*, una pastoral de Florian, un idilio de Mad. Deshouliers, un cuadro de Watteau; es algo nuevo é imprevisto que recuerda las fiestas de Luis XIV y Luis XV... Tanto mejor, y viva el placer!... Cuando uno se divierte, todo parece alegre y encantador; y el corazón es bueno, porque no da cabida al tedio... Así es la humanidad, y yo la primera estoy sujeta á la ley de la naturaleza.

Volvamos á nuestra Kermesse.

En medio del césped se había levantado un vasto teatro, y una gran tienda lindamente dispuesta templaba en ese momento los ardores del sol. En frente de esa tienda se elevaba una triluna de honor adornada de colgaduras de terciopelo con franjas de oro y grandes medallones con águilas. No había una calle en el jardín, un cruceo ni un arbol, que no ocultase algun juego ó alguna sorpresa: tiro de pistola, tiro de ballesta, calallos de madera, palmas mágicas, billares en miniatura, trompos holandeses, y otros cautivos: en fin, nada faltaba para dar á esa fiesta un atractivo de los mas picantes.

Cada dama recibía al entrar billetes de lotería, azules y color de rosa, que se podían cambiar por mil objetos, mil lindas cosillas que parecían fabricadas por las marcos de hadas.

La orquesta, dirigida por Strauss, estaba colocada en una calle de castaños de Indias, y un entramado cubierto de una tela verde que imitaba el césped, protegía los piés de las bailarinas contra los granos de arena que hubieran podido hacer-

les daño. Vendedores de coco, de esquisita urbanidad, derramaban á cuantos lo deseaban excelente limonada, mientras que dos *lufetes*, renovados sin cesar y servidos por numerosos criados, presentaban á los convidados toda clase de refrescos. Nada se había olvidado: los aficionados á placeres tranquilos hallaban en un sitio apartado y solitario del jardín un lindo teatro de muñecos que me ha recordado el Serafin de mi juventud, conocido mas comunmente con el nombre de *Scenbras chinecas*... ¡No hay que reirse, lectoras mías, de este delicioso recuerdo de la infancia!... He llorado al escuchar las desgracias de Mad. Barba-Azul, y poco me ha faltado para enamorarme de un príncipe de palo espléndidamente vestido de terciopelo y oro.

Los pequeños actores de palo de ese interesante teatro han representado, bailado y cantado al piano, mejor que ciertos artistas que yo conozco. Aun no estaba terminada la pieza cuando los concurrentes se alejaron con rapidez para asistir á los juegos de prestidigitación de M. Hamilton. En mi última revista os dije quién era M. Hamilton, y me alegro mucho, porque así os hallaréis ahora en terreno conocido. M. Hamilton ha sido como siempre un mago de buena sociedad, y ha derramado con prodigalidad sobre las lindas curiosas que le admiraban, una lluvia de flores, de grajeas, de albums y abanicos.

Pero lo que mas ha divertido á todos, fué el hermoso baile pantomímico compuesto por Saint-Leon, y que se titula: *Los peluqueros de la coquería*. Figúrese á Levasseur vestido de peluquero de aldea suspirando en una noche oscura bajo las ventanas de Colombina, una amorosa lamentación en un solo de flauta. A ese solo responde en las tinieblas, no la cruel Colombina, sino un solo de clarinete tocado por Grassot. Levasseur, atónito y muy picada su curiosidad, saca un cartelón de su bolsillo, y lo desenrolla á los ojos de los espectadores, quienes, á pesar de la oscuridad, leen estas palabras: «¡Si es el eco, anda bien atrasado!» Pero, ¿cuál no es el asombro de Grassot, cuando soplando en su clarinete, oye resonar á sus oídos las formidables notas de un bajón! Este bajón es Jacinto. Atraída por ese incomparable trio, llega Colombina, agraciada y ligera, revoloteando como una mariposa, en medio de sus tres enamorados. Sus menudos piés, su bien torneada pierna, son incomparables: sus hermosos ojos encienden una terrible cólera en el corazón de los tres rivales, que se querellan, se baten é injurian. Jacinto cae en un pozo. Grassot va á llamar la guardia, y Levasseur, noble y generoso como un caballero de la edad media, pesca á la caña á su infortunado rival, mientras se oye el aria de la muda de Pórtici: *Pêcheur, parle bas*.

En fin, todos se rien, tanto y de tan buena gana, que el mal llega á ser contagioso, especialmente cuando Grassot, vestido con un frac fantástico, un cheleco increíble, y un pantalón á cuadros imposibles, principia á ejecutar un baile característico, mientras que Jacinto está arrodillado delante de una muñeca de peluquero creyendo que es Colombina, y que Levasseur, tratando de magnetizar á la hermosa cruel, recibe un sopapo en lugar de un beso.

A las seis, una tormenta tropical forzó á todos los curiosos y curiosas á retirarse. Al principio se creyó que era Hamilton que lanzaba una lluvia artificial; pero zumbó el trueno con todo su poder y cayó una lluvia tan violenta, que hubo que convencerse de que era una verdadera tormenta.

Esa fiesta dejará por largo tiempo gratos recuerdos. Dicen que el príncipe Gerónimo Bonaparte quiere dar otra igual, y que durante el verano, el palacio de Saint-Cloud, que el príncipe presidente debe habitar, será la morada de placeres á cual mas imprevistos. Como decía al principio, París vuelve á ser lo que era.

## EL ESCRIBANO MARTIN PELAEZ,

### SU PARIENTA Y EL MOZO CAINEZ.

#### CUENTO FANTASTICO.

#### I.

—Meneate, pelmazo.  
—Mira, Justa, de aquí al mar hay una legua, toda ella es de arenal, el sol por allí levanta las piedras y no se encuentra mas sombra que la que da el ciprés de Annibal, que está solo partiendo la distancia.

—Y bien, y qué?  
—Muger, yo por mí nada; si es corazonada tuya, corriente; pero había tan solo tomado la palabra con el objeto de esponer las probabilidades del tabardillo, al cual leigo la oposición mas sistemática que alcanzo. Los tabardillos son como los reyes, que de continuo están amenazando nuestras cabezas, y el método único de evitar sus consecuencias es no tenerlos; pero como el tabardillo sea hijo del sol, á la manera que lo son los reyes de las sabias imprescindibles constituciones de los estados modernos, bueno es evitarlos á los unos y á los otros lo mas posible, ó coartarles las facultades usando del derecho que nos concede la seguridad personal.

—Oye, Martín, ni me aburras ni me empalagues con rodeos: si lo que quieres pedir es el paraguas verde manzana, no te lo doy; ya lo sabes y vamos andando listos, que en el camino te contaré lo que falta.

Las once de la mañana serian, minutos mas antes que menos. El sol de julio tenía en el monte apiñados los rebaños, y sobre la blanca llanura se extendía semejante á la capa de fuego de Elias el profeta.

A esta hora, por esta llanura y bajo la influencia de este sol, caminaban cogidos del brazo Martín Pelaez y su muger.

Moviales á tanto extremo el ansia de encontrar antes que nadie con el maestro *Proto-Caligrafo*, que acababa de aportar á aquellas riberas y era además de lo dicho *omnisapiente* en curia y muy galán y reservado; todo ello según el relato sacado de una revelación tenida y que la señora Justa iba narrando punto por punto á su marido, á medida que paso á paso ganaban terreno y sudaban gota á gota.

Aquí has de saber tú, lector escéptico y mal avenido con las maravillas, que son el jardín del alma, que Martín Pelaez, tan dócil, bonachon y concienzudo para con su consorte, érase por otro lado el talento *monárquico constitucional* mas perfilado, redondeado, ajustado, y en una palabra, el mas com-

pleto talento monárquico constitucional que á monarquías constitucionales cuadra y se ajusta.

Dicese comunmente *largo y estrecho como conciencia de vizcaíno*, y bien reflexionado no acierto á qué viene eso; lo que sí digo y probaré es que el talento monárquico constitucional, para serlo en forma y por todos reconocido, debe de ser largo y estrecho; largo, porque alcanza desde el rey hasta el último proletario; y estrecho, porque está colocado entre el trono y las cámaras: de suerte que si se dilata derriba las cámaras ó el trono, y por consiguiente se suicida para obrar si se quiere una *metamorfosis*, pero axiomáticamente hablando, deja de ser monárquico constitucional. Queda probado.

Martin Pelaez era ciudadano, era elector, podía ser síndico de cualquiera ayuntamiento, alcalde primero constitucional, diputado provincial, procurador á cortes y hasta ministro responsable.

Era verbi-eloquente, despreocupado y activo, entendía un poco de hacienda, un mucho de justicia, hombre de grande memoria, que sabía de coro los sucesos de la revolución francesa, que conocía los filósofos y leía y comentaba los periódicos, pero que, valiéndome de sus propias palabras, *le faltaba lastre para navegar luego con las velas henchidas de su capacidad*.

Así con una lógica apretada y una tenacidad bastante á prueba iba con menosprecio de la estacion caminando unido con el ángel de su guía, los dos en busca del Proto-Calígrafo, porque una vez encontrado este, era aquello de *dar fé anticipadamente* que se harían ricos.

Digámoslo de una vez: Martin Pelaez abarcaba la *síntesis* de su propio negocio, había entrado en el análisis y no le dejaba un mínimo de duda; pero en la práctica, ó sease medios de adquirir un resultado positivo, hallaba que los dedos se le resistían á la fórmula.

En vano la señora Justa le apellidó en mil ocasiones *desmayado y torpon*; no había que darle vueltas, Martin hasta la fecha no era más que un gran le hombre de teorías, sobradamente capaz para llenar un congreso, pero insuficiente verbi gracia para reemplazar con otra una palabrita raspada en el hueco de un pergamino.

Acostose la señora cierta noche aburridísima de su constante medianía, cuando tantos otros pelgares prosperaban, y en el primer insomnio cálate que oyó una voz grata por ser de hombre, y con sabor á miel de romero por lo que decía, que era esto:

«Anda y andad en dirección de la narices, que el naufrago Proto-Calígrafo tropezará con vosotros y seréis un ciempiés en la carrera y un cien manos en el oficio: *¡¡¡¡*»

Oyólo Justa, y como no era lerda, en el instante sin parpadear siquiera, se brujuleó el rostro y encontró la aguja enderezando al mar, línea tangente con el cípris de Annibal.

Estávole dando vueltas toda la noche, y á la hora que dejó señalada iba andando con su esposo en dirección de las narices, *némine discrepante*.

Tenían ya co ote atrás parte 'el rumbo, cuando la señora Justa con gula de esti o meridional y mil gullardetes y caireles puestos de su cosecha acabó de relatar á Martin la gran revelación, que á salir cierta, como ella no dudaba, podía hacerles el agosto y serles granero de bie ies infinitos.

Sobre un cuarto de legua distarían del antiquísimo cípris de Annibal que se deshoja indiferente, denegrido y caduco, pero que enhiesto se mantiene severo en el desierto. Fantasma de cien siglos en la noche, pirámide funeral durante el día, que vestido hoy de una magnificencia cadavérica vió las edades del mundo en el verdor lozano de su juventud; y á sus plantas pasaban cual los granos de arena en torbellino las ruedas huestes del osado caudillo que le dió nombre, las compactas legiones de César y de Pompeyo, las Taifas voladoras de Muza y de Tarif, los invencibles tercios expedicionarios de Gonzalo, que fueron y volvieron, las masas geométricas y múltiples de aquel soberbio capitán y rayo de la guerra que tendió líneas al mundo, buscan lo el centro para erigirse un trono, y cupo al fin dentro una pobre huesa, como un niño espósito en la cuna... ¡Espósito hijo de liviana madre que hoy impudente rie vanidosa á la memoria insignie del gran le hombre y viste y engulana á su esqueleto porque se lo consiente la artera y vieja rival que no teme á los muertos!...

Tanta era la sofocante calma de aquel día que la copa del cípris no se movía, el inmenso arenal rechazaba los rayos directos del sol, ni un pájaro pasaba por los aires, y la mur en su lecho se tendía con hondo y lento rugido como un león aplandado por el ardor de la fiebre.

Solo Martin Pelaez y su consorte iban andando en busca del Proto-Calígrafo prometido.

Ya creyeron divisar un bulto negro que se separaba de vez en cuando del tronco del cípris para volverse á ocultar, y fué tanta la impresion recibida, que ambos á la vez sintieron brincar sus corazones como si fueran ratas enjauladas.

Apretaron el paso hasta que á menor distancia vieron sin dejarles du la un hombre parado y que les daba la espalda, para mirar de frente al árbol.

Llegaron á este hombre, y dándose de codo y sin ser advertidos al parecer de quien tenía toda su atención fija en el tronco, paráronse á observarlo sin ser atrevidos á saludarle siquiera; y notaron ser el aparecido un jóven de veinte y tantos años, alto, triguño, penetrantes ojos, pelo crespo y negro, belleza nerviosa, ágil cintura y bien caidas piernas. Vestía el mozo un traje completamente negro, escepto una gorrillo frigio, colorado, que llevaba al des zaire en la cabeza.

En lo que el mozo se ocupaba era en hacerse la *toilette*, y para el efecto no tenía mas tocador que un cachillo de espejo triangular, colocado en el tronco á la altura de su barba, y una pluma en la mano, que por el color se infería ser de las alas de un cuervo.

Lo mas raro es que con las barbas de esta pluma, el mozo se paseó el rostro y que lo afeitado, limpio y raso de las suyas; luego tocose al pelo, todo con la pluma, y se rizó; después la dentadura y que lo blanca, blanquísima; pasó con suma indiferencia la péñola por su ropa y que lo cepillado, limpia y pulcra; desde el pantalón le deslizó á las botas y resultaron estas como un charol; así como todo él estaba ya hecho una pura plata, muy particularmente para la señora Justa, que no le quitaba ojo, mas que para guiar al descuido y con el rabillo del izquierdo á su marido.

Concluida que fué la operación emprendió el jóven la mi-

nuciosa tarea de pulirse las uñas, y por divertir el tiempo silbaba cierta canción de los republicanos franceses.

La señora Justa ya no podía reprimir por mis tiempo la pa'orra, y Martin, que no se sentía menos impaciente, tomó ocasion para dirigirse al mancebo diciéndole:

—Hola, señor caballero, conozco lo que se silba, que se llama la *Carnañola*, y lo cual por cierto que refiere una memoria inélita escrita sobre los hechos palpitantes, que Danton, nada menos que en palacio ¡quién lo creyera! cantó la tal cancioncilla mofándose del pueblo-rey con los de la corte; y añad.ó, que la plebe la ladraba en las tabernas, la aullaba en las plazas, y la entonaba como su propio *dies iræ* en torno de las guillotinas. Si señor, señor caballero, la conozco; porque los ecos, las armonías, la espresion, el himno ó como quiera llamarse, de las naciones que se regeneran, lo lleva el viento de libertad á las naciones estrañas é inertes, á la manera que el viento libre de la atmósfera trae á la aldea desde la aldea vecina el son de la campana, advirtiendo así al dormido pueblo que el día ama ece y que el sacristan y que el párroco...

—Jesús, Martin, por S. Blas que este caballero vendrá cansado y acaso acaso será un *naufrago*... Tenga V. muy buenos días, señor caballero.

—Lo mismo digo, y si es lo que presume mi parienta y mas que no sea, tiene V. aquí cerquita una casa á su disposición, que se verá muy honrada con que V. ponga los piés en ella, porque la hospitalidad es ley de todas las edades del mundo.

—Lo mismo digo.

—Repito, caballero.

—Y todos nuestros posibles...

—Digo lo mismo.

—Mi esposo y yo...

—Sí señor.

—Tendremos un placer...

—¡Oh! un placer grande!

—Como V. lo oye.

—Sí, amigo, como V. lo oye.

—Sí, amigo, como V. lo oye.

El jóven se sonrió, haciendo un ademán de beneplácito, y colocándose la pluma tras de la oreja, alargó incontinentemente con superior franqueza una mano á Martin y la otra á la señora Justa.

Asiéronse ellos cada cual al timon de su ambicioso derrotero y quedaron los tres de braceró, el mozo en medio, sin cambiar mas cumplidos ni palabras por entonces.

En esta forma emprendieron el camino, Martin echando atrás su fraque de vicuña, porque le alogaba, y la señora Justa por una mera coquetería desprendió los alfileres de su pañuelo de linó y lo soltó al descuido.

Andaba el mozo muy resuelto sin sumergir las plantas en la arena, y sus patrones procuraban imitarlo en lo posible, pero se sofocaban verdaderamente, y caen redondos si aquello continúa.

Ya se ve, de los dos el que menos (y era la señora Justa) tenía cuarenta años: ambos eran un tanto obesos, uno mas que otro sin embargo; Martin con un vientrecillo como un botijo, y Justa con una tinaja por barriga; por lo demás los rostros eran sumamente vivaces y alegres: el de Martin como una pascua, y el de Justa como unas carnestolen las.

Si aquello continúa caen redondos, mas hizo la suerte que la señora se detuvo para atarse una liga y respiraron. Perdido ya el compás primero que llevaban, aunque con mucho sobre diento todavía, dijo la señora:

—No nos dirá V., caballero, el cómo por estos lugares? Mi esposo y esta humilde persona, á la verdad, creemos que sea V. *naufrago*.

—Sí, hermosa señora (contestó el jóven), lo soy, pero no de estos mares.

—¿Y cómo por acá?

—Viajando á la moderna francesa, nada mas.

—Ah sí, *Turista*, dijo Martin, y el mozo volvióse á sonreir.

—Y dígame V., aun que V. perdone, repuso la señora Justa espoleada de la curiosidad: y el equipaje, viene atrás? porque si así es se quedaré Martin á esperar y nosotros seguiremos á casa pian pianito para que V. descanse.

—No, contestó el mancebo tomando la pluma negra entre los dedos y mirándola. La señora Justa la miró tambien y miró á Martin, la volvió á mirar y miró al mancebo. Martin la miró á ella y á la pluma, el mozo se la prendió en los ojales del frac como una flor y siguió caminando indiferente, aunque siempre obligado y nada desatento.

La pluma era negra, sencillamente negra, por lo tanto nada significaba mas de lo que en sí era á los ojos de la señora Justa; pero Martin, picando de filósofo, discurría por lo contrario, allá para sus adentros, en la forma que se sigue: «Negro era el caos, y de él, según Pitágoras, salieron los principios *activo* y *pasivo* de toda la creación... el símbolo, el color, la predicción y el misterio son en mi apoyo: la pluma estará destinada tal vez á escribir la *gran palabra mágica*; y acaso acaso la pluma de Ezequiel, la de Isaias, la de Jeremias y David fueron arrancadas ¡quién sabe! si de las alas de un ángel... El color de aquellas seria el que se fuere; pero en el caso presente que me ocupa, hecha ya la primera gravísima observación, el accidente ó color no pudiera con lucirme mas que á la investigación de cuál seria el pájaro que la crió, cosa secundaria á mi ver, y que puramente atañe á las ciencias naturales de que no me ocupo... Por de pronto digo que ya tenemos la pluma negra que es la *causa primera*; se encuentra aun en la oscuridad que es el *caos*: bien, bien; veremos pues si como el *fuego artificial* que predicó Cenon el Estóico síle del *caos* la *causa* y me enjendra un fortunon deshecho. Dejaré entonces la villa, iré á la corte; y de la corte al poder, sabido es que se pasa como de la mano á la boca.»

Esto bien meditado afirmó en su propósito á Martin, y dirigió la palabra al incógnito.

—Caballero, no se tome á irreverencia el que yo pregunte si podríamos saber cuál es la gracia del huésped que se dispone á honrar nuestra humilde morada.

—Mi nombre, amigo mio, es rebelde, y por eso suelo escusar á mis conocidos el que lo pronuncien: mi apellido es *Cainez*.

—Hola, hola!... con que Cainez?... Oiga V. bien puede ser que sea corruptela de Lainez; y descienda V. del mismo tron-

co que el Cid, á quien los árabes apellidaban *lapsus lingue* sem:junte al *campitur*.

—Podiera suceder.

—Oh, y tanto! téngalo V., por seguro, por tan seguro, como yo Martin Pelaez, servidor de V., estoy cierto de ser la última rama de Pelayo, que desgraciadamente no dará flor, porque Justa ha sido infructifera.

La señora Justa picose de este insulto, el mayor que pueda recaer en muger, por mas que sea verdad, aunque inveriguable; y repulgando los labios replicó:

—Bueno es tener, Martin, á quien echar el muerto; pero ni yo soy tan vieja ni tú tan generalmente reconocido que no haya quien te critique en la villa.

—Será, muger, lo que la muy bruja de la tia Corneja te haya querido meter en los cascos; pero lo cierto y doloroso es que la descencia de Pelayo termina en nosotros.

—No sabemos, repuso muy biliosa la señora Justa, y el mozo Cainez empleó con ella cierta picante galantería que le cautizó la herida.

Martin Pelaez no hizo mas que encogerse de hombros, y se secó la frente.

Con este altercado entraron en la villa, y al llegar frente á la iglesia vieron como el mozo se quitó su birrete y pasó con suma humildad.

Al mismo tiempo en mitad de aquel día clarísimo, el señor cura, que vivía en una casa contigua á la parroquia, se asomó á la ventana, repartiendo bendiciones á las mieses y preguntando por dónde venía el nublado al escribano Martin, que lo tuvo por loco.

Nada mas sucedió por entonces, y entráronse en casa Martin Pelaez, la parienta y el mozo Cainez á solazarse después de la jornada, los dos primeros con la mitad de su revelacion cumplida, ganosos de verle el fin, y tan impacientes, como tranquilo y reposado el mozo, á quien no se atrevían á importunar por temor de enfadarlo y que se fuese.

## II.

Días de julio... Oro los campos, encendidos carbuncos las aldeas, deslumbrador diamante en el zenit, desierto y soledad, quietud y postracion por todas partes.

Noches de julio... Susurro de las plantas en el prado, divagadores bálsamos y aromas; esencias y perfumes que en los respiros de un amor se exhalan, y son secretos de las flores á las flores, con brisas que van y vienen y los cambian; concierto musical despartido sin centro de armonía, sin escala de tonos, sin compás ni reposo. Bajo cada terron chirría un grillo, la colorniz reclama entre los surcos, y responde el chorlito desde los agostados eriales; la rana cacarea en el estanque, y el vencejo, con vuelo desatado campeando el espacio, se pierde entre un difumino de azul y de plata, y chillita y se columpia en la vaguesidad.

Noches de julio... Allá en lo mas desvanecido de la húmeda margen á cuyo pié serpea y desde su recóndito lecho el limpio arroyo salta chispeante, allá en la mas florida rama de un granado prendido elruiseñor, á la manera que un arpa misteriosa, gorjea, canta, quéjase ó suspira dominando su acento melancólico la atropellada voz de los insectos, el tono de las aves, el rumor de las brisas, el susurro de las plantas, el murmullo del agua y de los perros que ladran á la luna los misteriosos aullidos; dominándolo todo, y en alas de los céfiros llevado, recrea los oídos á los moradores de la aldea, los cuales, reunidos en vecindad y sentados á la redonda en poyos, táburetes y escaños, cuéntanse al resplandor de las estrellas historias fibulosas, maravillosas balsámicas, sucedidos recientes, milagros y consejos, aventuras de caza y brujerías estupefantes que quitan el sueño á los muchachos, que hacen que las viejas se santigüen, y que duerman abrazados los matrimonios.

Tres días cumplidos, incluso el de la llegada del mozo Cainez, é igual número de noches contando la presente, iban trascurriendo, sin que el huésped diera otras muestras que las de dejarse regular cual si fuese un reverendo.

Eran seguras pruebas de lo dicho el insosiego de la dueña por un lado, la frialdad de Martin para con el Turista por otro, y sobre esto y aquello las arranca las plumas de tres gallinas muertas á mano airada, la una roja, peñena la otra, y la última cenicienta, las cuales plumas, arrojadas en monton como se suele desde el portal á la calle, eran juguete del pausado viento.

Frente al mismo portal la noche á que me refiero, á eso de los diez dados, veáse un corro de gente que el calor había escupido sin du la de las habitaciones; y en la fachada de la misma casa y en el primer estado de ella, una ancha y antiquísima reja abiertos los postigos de par en par.

(Continuará.)

A. ROS DE OLANO.

## EL RHIN.

(Continuacion.)

Antes de la catástrofe acaecida al conde Dieter el Rico, ocurrieron otros sucesos en las orillas del Rhin, y vamos á relatarlos. Wolke volvió á Sin Goarshausen. El episodio de la caverna de Ehrenthal, producido en medio de circunstancias singulares, cuyos pormenores revelaban cierto misticismo, había inspirado en el alma del pescador esa fé viva, esa poderosa energía de los mirtires. Wolke se dirigió hacia el sitio en que había amurrado su barca, á fin de atravesar el rio y huirse en Sin Goar antes del día. Pero no bien hubo llegado á la orilla, observó que una persona enteramente cubierta con una polliza había ya tomado puesto en la barca.

«Te esperaba, le dijo una voz que recordó á Wolke la de su guia de Ehrenthal: mucho has tardado en venir. Es preciso que me conduzcas á Werlan, sin perder tiempo, y sin que nadie pueda espiarnos.

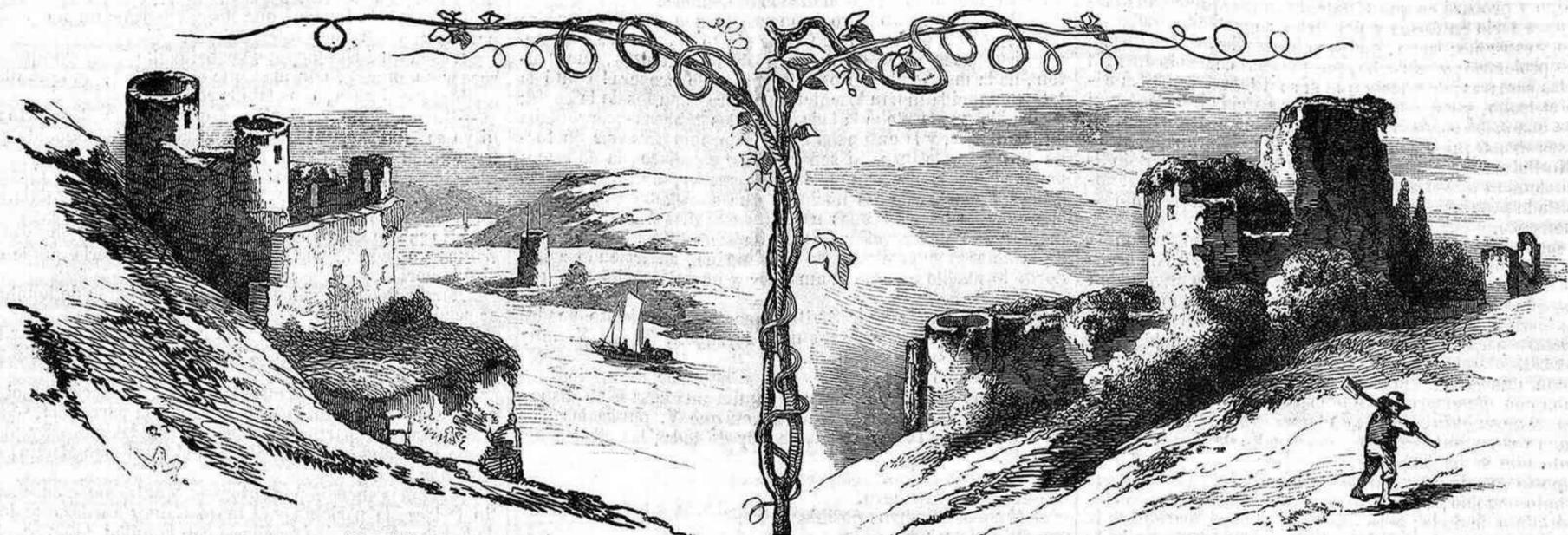
—¿A estas horas? repuso el pescador con ansiedad: es imposible, pues no podremos doblar la punta de Sin Goar, sin que se note el rumbo de la barca. Es mucho mas fácil evitar los escollos, que la vigilancia de los arqueros del señor de Rheinfels.

—No importa, contestó la desconocida: es preciso hacerlo, porque tal es la orden del padre, y su voluntad debe cumplirse ante todo.

El tono de autoridad con que fueron pronunciadas estas palabras subyugó al pescador, que cogió los remos y puso la proa de la barca hacia San Goar, acercándose á la orilla derecha del rio, á fin de bogar á cubierto, resguardado por la

de estos: no hay en toda la comarca mas que un patron capaz de conducir su barca con esa seguridad: es Wolke de San Goar; pero por muy astuto que sea ese condenado, no hubiera huido de nuestras garras, si la bruja del Binger-

A este inesperado apóstrofe se detuvieron los remeros como heridos de un rayo, mientras Wolke ganaba tiempo y espacio, hasta que se puso fuera del alcance de sus enemigos. —Ya puedes descansar, dijo entonces la pasajera al pesca-



Ehrenfels.

Drusus.

línea de rocas que defienden el Rhin en aquellos sitios. A medida que se acercaban á la punta, contenía el impulso de los remos, y no tardó en deslizarse la embarcacion con el mayor silencio, por temor de llamar la atencion de los centinelas de la torre con el ruido de aquellos. Pero no bien se encontraron á descubierto fuera de las rocas, cuando el sonido de un cuerno resonó en lo alto del castillo de San Goar. Era el vigía que anunciaba la presencia de la barca. La plataforma de la torre se llenó de hombres armados con hondas, que hicieron llover una nube de piedras sobre los navegantes, pero la profunda oscuridad de la noche los libró de aquel peligro. Wolke observó sin embargo que un falucho montado por dos remeros y algunos hombres de armas salia de San Goar, dirigiéndose á su persecucion con la rapidez de un ave. Volvió á empuñar los remos, y con vigoroso esfuerzo imprimió á su barca tal celeridad, que podia decirse que apenas besaba el agua con la quilla.

—Toma el largo, le gritó la desconocida, porque veo hacia el Patersberg una barca que se prepara á cerrarnos el paso.

En efecto, hacia la derecha del Rhin muchos hombres, advertidos por el cuerno de San Goar, acababan de meterse en una embarcacion y parecian dispuestos á defender el paso, á la vez que todos los baluartes del formidable Reinfels se poblaban de soldados dispuestos á aniquilar con sus ondas á los que se acercasen, lo cual era inevitable por la angostura que presenta el Rhin en aquel paraje.

Wolke examina el peligro, redobla su actividad, y por un prodigio de audacia y de vigor dirige su barca hacia la orilla izquierda y la mete bajo las escarpadas rocas del mismo Reinfels, poniéndose de este modo al abrigo de las ondas: en seguida, por medio de una maniobra decisiva y temeraria, desafia y evita á los remeros del Patersberg, que se adelantaban hacia la barca.

—¡Por el milagroso cuerno del Leibenstein! exclamó uno

Loch en persona no hubiese prestado sus alas á la barquilla. —¡Cabeza de grulla! gritó con sardónico acento la pasajera de Wolke; has dicho la verdad por la primera vez de tu vida: tu sitio es el fango del rio, porque no sabes manejar ni

dor, pues ha pasado el peligro. Ya llegamos á Werlan, y por mucho que desee apoderarse de tí el señor de Rheinfels, no se atreverá á hacerlo aquí, donde tiene implacables enemigos. Irás pues á encontrar á los mineros de Rheinbey y les dirás: «Vengo á trabajar en la obra del Padre,» y te recibirán como á un hermano: después te reunirás conmigo en la embocadura del Nahe, bajo la montaña de Kloop.

Wolke dirigió la barca á la orilla; la desconocida puso el pié en tierra, y volviéndose hacia el pescador, le dijo: —No olvides la montaña de Kloop y acuérdate de la bruja de Binger-Loch.

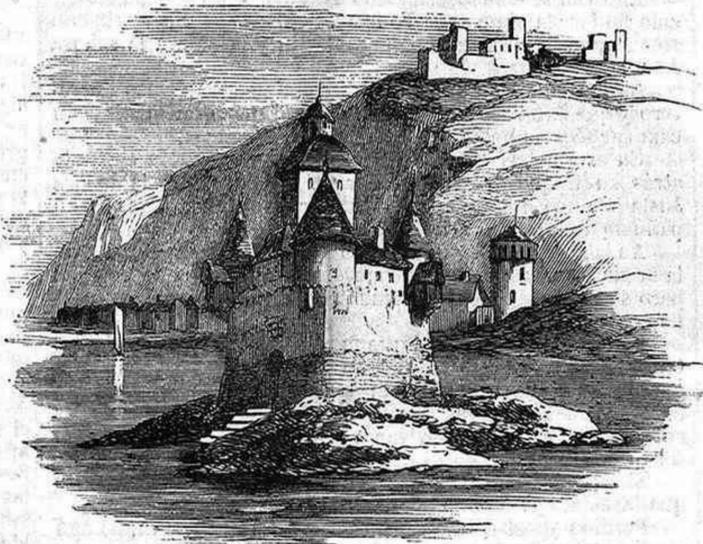
Pronunciadas estas palabras, desapareció por un sendero abierto al pié de la colina de Werlan.

Wolke se puso á reflexionar sobre su situacion. Después de haber desafiado á los hombres de armas del Rico, no podia presentarse en San Goar sin esponerse á un terrible castigo. Por otra parte, la esperanza de volver á encontrar aquella muger tan bella, cuyos encantos ejercian tan absoluto imperio en su corazon, y el interés de la obra de reparacion, á que se habia asociado, todo le aconsejaba no volver á su casa, al menos por entonces. Alejose pues de la orilla del rio y siguió la senda en que la bruja se habia ocultado á su vista. Cuando hubo llegado á la vertiente opuesta de la colina, descubrió á sus piés el humilde pueblecillo de Weiler.

—Ahí, murmuró, ahí quiero fortificar mi alma contra la opresion de los insolentes dueños del Rhin.

Púsose en camino y llegó á Weiler á la hora en que los mineros abandonaban sus viviendas para ir á los vecinos montes.

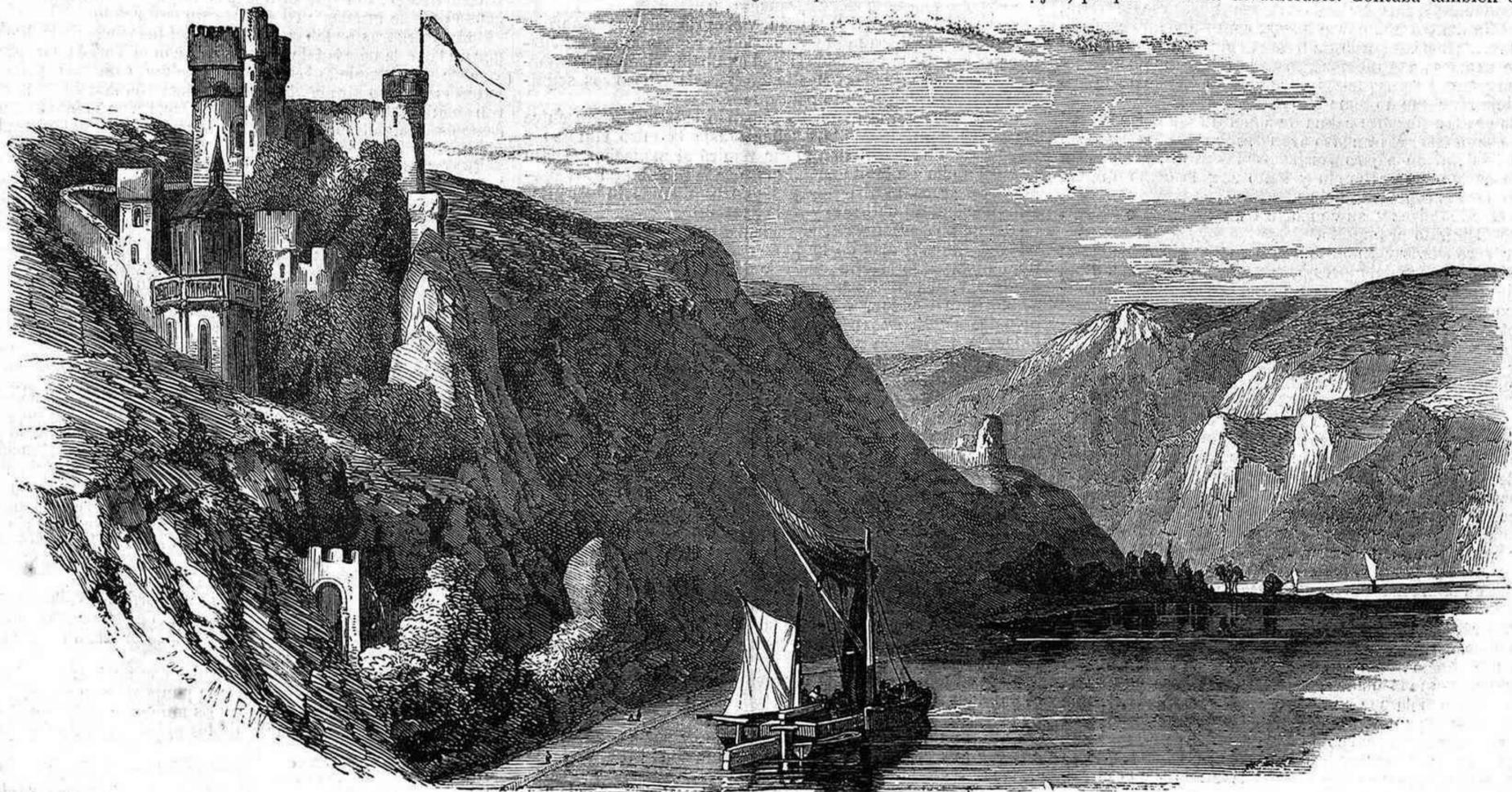
Sabiendo entre tanto el conde Dieter que uno de sus vasallos habia forzado el paso del rio, huyendo de sus soldados, se enfureció como un leon y envió gentes en todas direcciones para que se apoderasen del culpable. No ignoraba la sorda agitacion que iba fermentando entre las poblaciones que tocaban al Rhin, pero despreciaba sus quejas, porque se creia invulnerable. Contaba tambien con la



Pfalz.

el remo ni la honda. Costal de mentiras, cuba sin fondo, pícaro Spinner, permita el cielo que caigas de cabeza en el Rhin, para que puedas depositar en él todo el vino que has robado durante diez años de las bodegas del país.

todas direcciones para que se apoderasen del culpable. No ignoraba la sorda agitacion que iba fermentando entre las poblaciones que tocaban al Rhin, pero despreciaba sus quejas, porque se creia invulnerable. Contaba tambien con la



Rheinstein.

fuerza del ejemplo para contener á sus vasallos en la obediencia, y le parecia que el castigo de Wolke haria un efecto saludable para asegurar en lo sucesivo una completa obediencia á sus mandatos.

Pero su cólera no conoció límites cuando supo que Wolke habia logrado salir del territorio, refugiándose en los montes de Veiler. Su carácter feroz le sugirió la idea de hacer recaer su indignacion sobre el encargado de la vigilancia del rio: hizole prender y le impuso el castigo reservado á un vasallo rebelde. Esta barbarie descontentó á sus mismos servidores, pues se veian espuestos á ser las primeras víctimas de una tiranía sin freno. El Rico notó este descontento y procuró calmarlo valiéndose de un espediente.

Entre los caballeros vecinos habia uno, el señor de Rheinstein, de quien tenia grandes quejas por anteriores disputas sobre límites de sus respectivos territorios. Parecióle aquella muy buena ocasion para hacer revivir sus pretensiones, contando con hacer revivir de este modo entre los suyos el espíritu de la disciplina, ofreciendo á la guarnicion de Rheinfels favorable coyuntura de entregarse al pillaje. Su enemigo sin embargo podia disponer de fuerzas considerables, y además del castillo de Rheinstein, construido en la orilla izquierda del Rhin en una posicion inespugnable, tenia de custodia una partida de aventureros en la fortaleza de Ehrenfels, en la orilla derecha y enfrente del desfiladero formado allí por la angostura del rio. Dicho caballero era el terror de la comarca desde Bingen hasta Oberwesel.

Comparando sus fuerzas con las del enemigo comprendió el conde que podia perder en la lucha si no se aliaba con algun otro señor vecino, y pensó en el caballero de Sonneck, cuyo castillo dominaba el valle de Nahe, y que por lo tanto debía sacar muy pocas ventajas, si se mezclaba en la contienda. Ambicioso y astuto, el señor de Sonneck habia tiempo que abrigaba el proyecto de formar un establecimiento en el Rhin, y le pareció que una alianza con el de Rheinfels aseguraria la ejecucion de sus miras, si sabia aprovecharse de los apuros del conde. Fingió pues aceptar el tratado que se le ofrecia, con la única condicion de que se le concederia la mano de la jóven condesa Berta de Katzorreliebögen. Esta cláusula heria el orgullo del conde Dieter, pero las circunstancias apremiaban y suscribió á la demanda del caballero.

Conrado, hijo de Federico II, visitaba entonces el Rhin y el Mosela, y se detenia en Tréveris con el objeto de unir á la nobleza con el emperador: en cuanto supo la enemiga que se tenian el señor de Rheinfels y el de Rheinstein, los llamó á Tréveris y les hizo jurar que renunciarían á las hostilidades. Dieter miró al punto como roto el compromiso que habia contraído con el señor de Sonneck, pero enamorada su hija de este, se resistió abiertamente

á su voluntad. No tardó en saber el Rico que Berta conspiraba con su conducta contra el orgullo de su casa, é irritado y colérico llamó al capellan del castillo. Era un monje disoluto y avezado al crimen, pero tenia gran privanza con el conde.

confesiones de su alma abominable, puedes decir si mi severidad con esa hija maldita es justa.

—Solo á Dios debo dar cuenta de esos secretos.

—¡Y qué! ¿No puede castigar un padre ejemplarmente la desobediencia de sus hijos?

—Señor, los libros santos dicen que Saul resolvió hacer morir á su hijo Jonatás, porque despreció sus órdenes.

—Ah! Pues bien, puedo yo imitar á aquel gran rey. Es pues preciso que el castigo que medito lleve el sello de la cólera de Dios: tú serás el ministro de mi venganza.

Giebel retrocedió, pero le dijo el conde:

—Tranquilízate, pues no quiero esponer tu sagrado carácter: lo que quiero es que el castigo haga suponer el dedo de Dios: necesitamos un misterio profundo. Si secundas mis proyectos como espero de tí, re-

compensaré tu celo; pero si te niegas á obedecerme, después de haberme asegurado que tengo el derecho de mandar, incurrirás en la pena debida á la desobediencia y á la rebeldía.

Esta amenaza en la boca del señor de Rheinfels era muy persuasiva. Pocos dias después, la condesa Berta murió entre horribles convulsiones, casi al punto de recibir la comunión de manos de Giebel. En vano se aseguró que el cielo, cansado de sus crímenes, la habia castigado: todos quedaron persuadidos de que Giebel habia sido su asesino. Desde aquel momento miraron al conde como á un réprobo, contra el cual debia unirse la cólera de los hombres á la de Dios.

Con arreglo á las instrucciones de la bruja de Binger-Loch, Wolke fué á buscar á los mineros de la montaña de Weiler y se hizo notar entre ellos por el entusiasmo con que espesaba sus convicciones: no tardó por consiguiente en captarse su confianza y su voluntad, y llegó á ser el alma de la asociacion que se habia formado en Weiler contra el tiránico poder de los señores del Rhin.

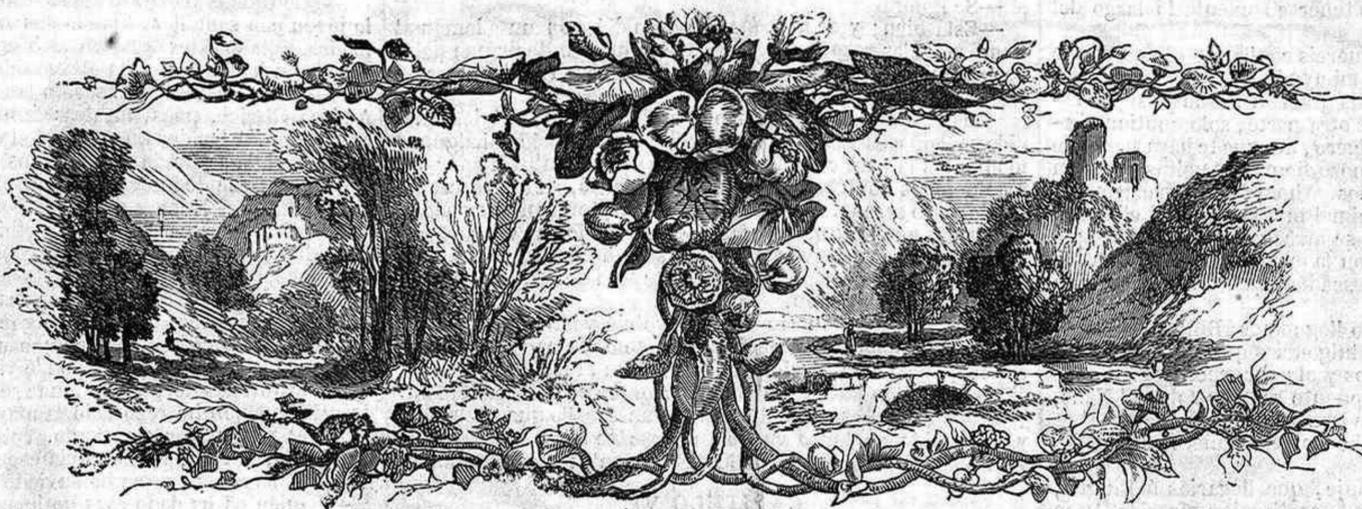
Al salir el pescador de Rhembey para dirigirse á la embocadura del Nahe, se metió por la llanura y de este modo llegó al camino que conduce de Tréveris á Maguncia, donde nada tenia ya que temer. No bien pasó de Simmern, cuando encontró á un monje, cuyas alforjas bien provistas atestiguaban que los aldeanos habian ejercido ámpliamente para con él la virtud de la caridad.

—Hijo mio, dijo á Wolke, supuesto que al parecer vienes de las montañas, dame algunas noticias. Se dice en Tréveris que los jabalíes del Rhin necesitan guardarse mucho, porque los perros del país andan sueltos y quieren darles caza.

Wolke miró al monje con desconfianza: el último lo notó y no pudo menos de añadir:

—Ya veo que eres prudente, hijo mio, y así hablemos de otra cosa. Al menos podrás decirme dónde vas.

—A Binger, contestó Wolke.

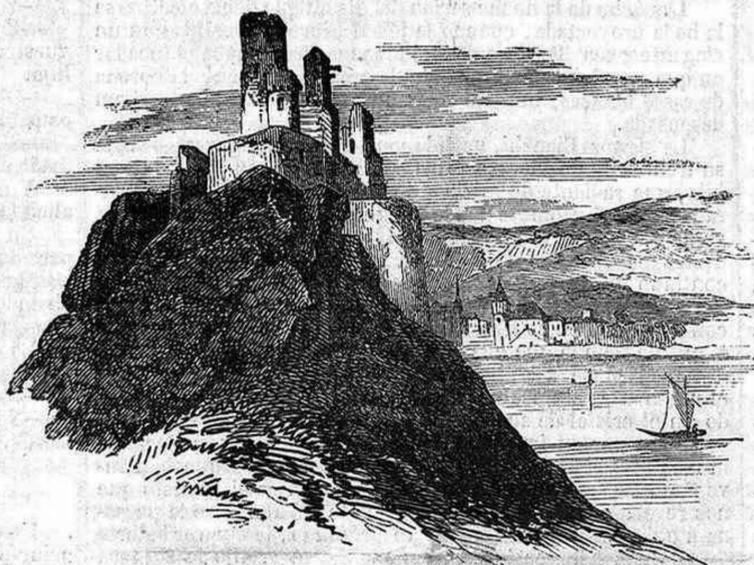


Sonneck.

—Giebel, le dijo este, me has asegurado muchas veces que tengo el derecho de mandar.

—Es cierto, señor, contestó el monje humildemente.

—Y este derecho supone que los demás deben obedecerme.



El Chat.

—Sin duda alguna.

—Escucha pues tú y obedece. El cielo me ha castigado dándome hijos indóciles y malos. Berta es una muger perversa que ha impreso un borron en mi nombre, y no quiero perdonarla. Tú que por tu santo ministerio has recibido las

confesiones de su alma abominable, puedes decir si mi severidad con esa hija maldita es justa.

—Solo á Dios debo dar cuenta de esos secretos.

—¡Y qué! ¿No puede castigar un padre ejemplarmente la desobediencia de sus hijos?

—Señor, los libros santos dicen que Saul resolvió hacer morir á su hijo Jonatás, porque despreció sus órdenes.

—Ah! Pues bien, puedo yo imitar á aquel gran rey. Es pues preciso que el castigo que medito lleve el sello de la cólera de Dios: tú serás el ministro de mi venganza.

Giebel retrocedió, pero le dijo el conde:

—Tranquilízate, pues no quiero esponer tu sagrado carácter: lo que quiero es que el castigo haga suponer el dedo de Dios: necesitamos un misterio profundo. Si secundas mis proyectos como espero de tí, re-

compensaré tu celo; pero si te niegas á obedecerme, después de haberme asegurado que tengo el derecho de mandar, incurrirás en la pena debida á la desobediencia y á la rebeldía.

Esta amenaza en la boca del señor de Rheinfels era muy persuasiva. Pocos dias después, la condesa Berta murió entre horribles convulsiones, casi al punto de recibir la comunión de manos de Giebel. En vano se aseguró que el cielo, cansado de sus crímenes, la habia castigado: todos quedaron persuadidos de que Giebel habia sido su asesino. Desde aquel momento miraron al conde como á un réprobo, contra el cual debia unirse la cólera de los hombres á la de Dios.

Con arreglo á las instrucciones de la bruja de Binger-Loch, Wolke fué á buscar á los mineros de la montaña de Weiler y se hizo notar entre ellos por el entusiasmo con que espesaba sus convicciones: no tardó por consiguiente en captarse su confianza y su voluntad, y llegó á ser el alma de la asociacion que se habia formado en Weiler contra el tiránico poder de los señores del Rhin.

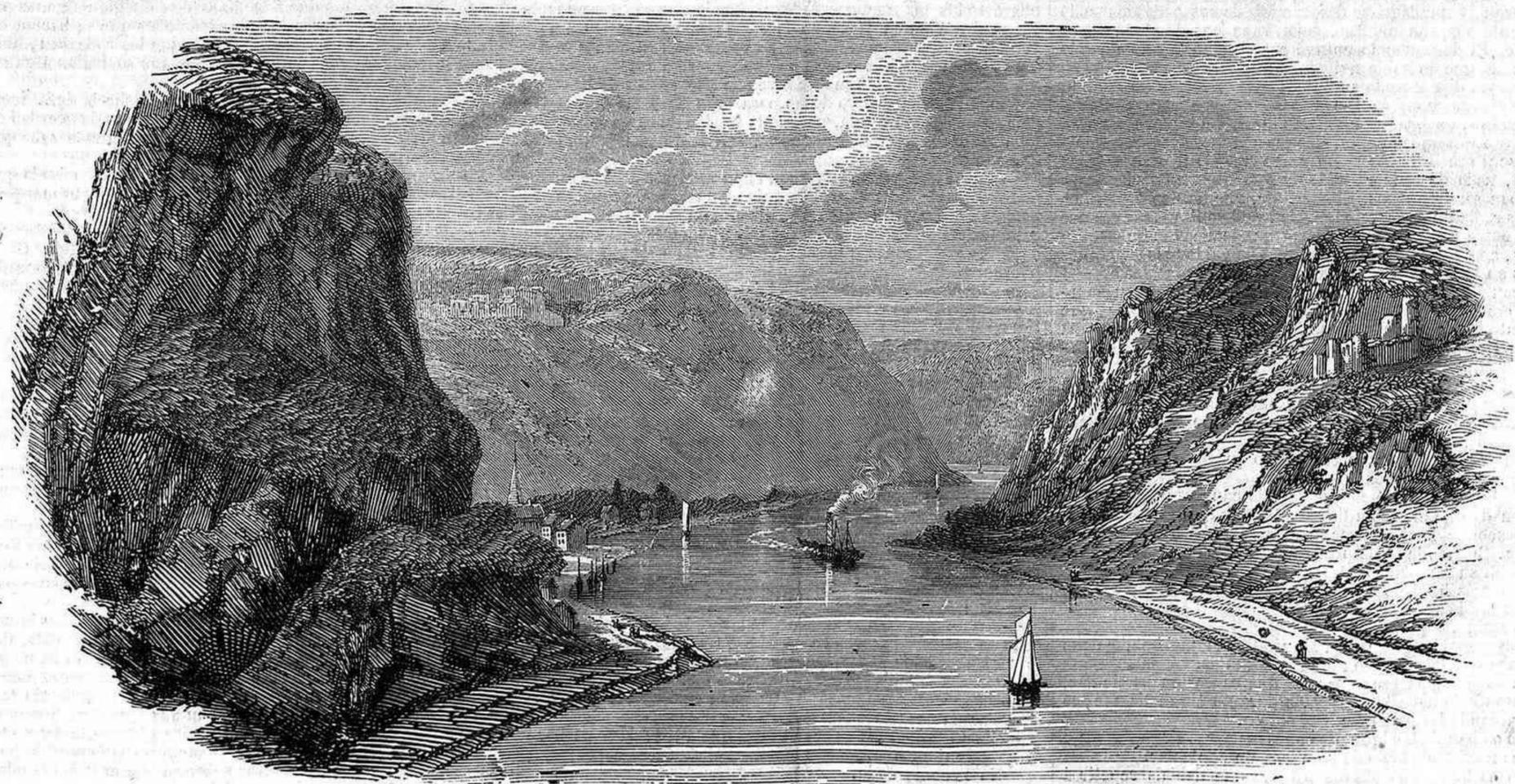
Al salir el pescador de Rhembey para dirigirse á la embocadura del Nahe, se metió por la llanura y de este modo llegó al camino que conduce de Tréveris á Maguncia, donde nada tenia ya que temer. No bien pasó de Simmern, cuando encontró á un monje, cuyas alforjas bien provistas atestiguaban que los aldeanos habian ejercido ámpliamente para con él la virtud de la caridad.

—Hijo mio, dijo á Wolke, supuesto que al parecer vienes de las montañas, dame algunas noticias. Se dice en Tréveris que los jabalíes del Rhin necesitan guardarse mucho, porque los perros del país andan sueltos y quieren darles caza.

Wolke miró al monje con desconfianza: el último lo notó y no pudo menos de añadir:

—Ya veo que eres prudente, hijo mio, y así hablemos de otra cosa. Al menos podrás decirme dónde vas.

—A Binger, contestó Wolke.



San Goar.

—Es decir que has escogido el camino de la escuela, esto es, el mas largo; tus motivos tendrás y yo no quiero saberlos. A pesar de todo cuanto te ocurra pensar respecto a mí, te declaro que he salido de Tréveris y voy también a Bingen, habiendo tomado el camino mas corto, porque en mi edad y cuando se va cargado, hay que tener en cuenta lo largo del viaje.

—Padre, observó Wolke, si queréis confiarme ese peso, que en efecto no parece agobiaros, mi ayuda os servirá de alivio.

—No, no, hijo mío, te doy las gracias: la alforja se ha hecho para el fraile. La mia, por otra parte, solo contiene indulgencias, y su peso es muy ligero, aunque te haya parecido lo contrario: ya que eres un mozo honrado tendrás parte en ellas antes de que nos separemos. Ahora quiero hacerte una pregunta: ¿Sabes cuál es el animal mas alto que el elefante, mas bajo que la serpiente, que se arrastra por el suelo y que sin embargo no se deja coger con la mano?

—No a fé mia, respondió el pescador sonriéndose: no tengo talento para acertar esas cosas.

—Pues bien, te lo diré cuando lleguemos a Bingen, dándote al mismo tiempo la parte de indulgencias que te he ofrecido.

Caminaron todo el día juntos y al anochecer llegaron por fin muy cerca de Bingen, a un puente romano sobre el Nahe, que ha conservado el nombre de Drusus.

—Hé aquí el Kloop, dijo Wolke a su compañero: aquí debo detenerme.

—Yo creía, contestó el monje, que llegarías a Bingen, adonde llevo mis indulgencias y la explicación ofrecida. Pero esto nada importa, porque mañana irás al pueblo y cumpliré mi promesa. Hasta la vista. Ah! Si tienes que hablar algo debajo del Kloop, cuidado con el eco... Desconfía también de los mochuelos de la torre del Kloop. Es el consejo que te da afectuosamente el padre Kuno de San Goarshausen, deseándote que pases una buena noche.

Al pronunciar estas palabras sonrióse el monje maliciosamente y se separó de Wolke.

(Continuará.)

## LA LOCA DE SAN GUILIANO.

NOVELA ORIGINAL.

(Conclusion. Véase el número anterior.)

El desconocido comenzó a medir a grandes pasos la habitación abismado en sus pensamientos. Muy encontrados debían ser estos, pues su frente, de continuo tranquila, se iba cubriendo de arrugas, como el cielo se cubre de nubes, y sus miradas brillaban con un fuego sombrío, semejante a esos primeros relámpagos que cruzan la atmósfera anunciando la tempestad.

—No! exclamó parándose de pronto, nada intentará, la ofensa es grave, su carácter impetuoso; pero si no bastan razones para que acceda a mis deseos, la amenazaré con la pérdida de su felicidad, a la que ha puesto por precio la signora Bianchi el descubrimiento de su hijo; y accederá, porque sabe que nadie mas que yo puede dar noticias ciertas y positivas. Y si a pesar de esto atropella por todo y quiere vengir la deshonra de su hermana, oh! entonces, añadió bajando la voz y dirigiendo en torno suyo miradas recelosas, cual si temiera pudieran sorprender lo que iba a decir; oh! entonces le diré lo que he guardado durante seis años en el fondo de mi corazón, le diré mi secreto, y él, que ha rechazado las amenazas y los consejos del amigo, no podrá rehusar nada a las súplicas ó a las lágrimas de un padre.

Estas últimas palabras se deslizaron sobre los labios de aquel hombre, semejantes a ese leve murmullo que forma la brisa de la tarde cuando estremece con su ligero soplo las hojas de un arbusto. Las arrugas que cubrían su frente se desvanecieron, y una lágrima desprendida de sus párpados rodó lentamente por sus mejillas, dejándolo en pos de sí un surco brillante. El desconocido enjugó esta lágrima, y dominando la emoción que le había agitado durante algunos segundos:

—Vamos, dijo alzando su inteligente y espresiva cabeza, no nos entreguemos a inútiles suposiciones; el corazón de Julio es bueno, me profesa un afecto filial, y no querrá llevar a cabo la venganza que medita, si logro convencerle que la reparación será tan brillante como grave ha sido la ofensa. Nada de odio, nada de rencor, nada de venganza entre hombres que deben ser hermanos. El porvenir, que hoy se presenta a mis ojos radiante de luz, de felicidad y de ventura, tú ve guardado entre sus ocultos pliegues algunos días tan puros, tan serenos, como borrascosos y terribles han sido los largos años pasados en la soledad, en las tinieblas y en el cautiverio.

Al concluir estas palabras, el desconocido tomó su sombrero, embozose en una larga capa, cerró la ventana, que hasta entonces había permanecido abierta, y dirigiendo una mirada en torno como si temiese olvidar alguna cosa, se encaminó a la puerta para salir.

En el momento que ponía la mano en el pestillo, aquella se abrió, y un hombre apareció en el dintel.

Este nuevo personaje, cuyas facciones no se distinguían, se adelantó rápidamente hacia el medio de la estancia, al mismo tiempo que bajando el embozo que le cubría trazaba en el aire algunos signos misteriosos.

—¿Qué hay? preguntó el desconocido con inquietud.

—Tomad, dijo el recién llegado alargándole un pliego.

El desconocido abrió precipitadamente el papel que le presentaban. Cuando leyó las primeras líneas, un vivo asombro se pintó en su semblante.

—¿Quién os ha dado esto? preguntó con ansiedad, cuando hubo concluido su lectura.

—Un amigo.

El desconocido fijó una mirada rápida en aquel hombre que contestaba con tal precisión a sus preguntas. La palabra que acababa de oír debía tener para él una espresión particular, pues después de haberle observado durante algún tiempo, le dijo, marcando las palabras:

—No os han dado algún otro encargo para mí?

El hombre se encogió de hombros sin contestar.

—¿No os han dicho alguna palabra que debiais repetir a quien entregaseis el pliego que acabo de leer?

—Roma, contesto el hombre con la misma precisión.

—¿Qué día?

—El 10 de mayo.

—A qué hora?

—A las tres.

—¿Quién ha hecho esta delación?

—Se ignora.

—Está bien; y el desconocido despidió con un ademán al hombre de las respuestas. Este se inclinó sin decir una palabra, volviéndose a cubrir el rostro con el embozo, y desapareció sin hacer el menor ruido.

Cuando el mensajero hubo cerrado la puerta, el desconocido se dejó caer abatido en una silla, permaneció allí algunos momentos la cara cubierta con las manos, combatido por dos resoluciones contrarias; cuando se levantó, su rostro estaba pálido, pero sereno. Acercose a una mesa, tomó pluma y papel, y escribió en él algunas líneas. Cerrole en forma de carta, y guardándole con otras varias que sacó de su bolsillo en un cofrecito de ébano y plata, metió este a su vez en una maleta, y salió de la habitación.

Al cabo de un cuarto de hora volvió vestido de camino; púsose un sombrero de anchas alas, tomó la capa y la maleta debajo del brazo, deslizándose como un fantasma sin hacer el menor ruido por el corredor que precedía a la habitación.

Poco después se oyó el galope de un caballo que se alejaba, y este ruido no tardó en confundirse con los mugidos del viento y el lúgubre son de la lluvia que continuaba arrojando.

## CAPITULO VI.

La noche de boda.

Cerca de un mes había trascurrido desde los acontecimientos que acabamos de narrar, y era asunto de conversación en algunos círculos de Madrid, el enlace de la hija de la célebre Erminia Bianchi con un joven italiano llamado Julio Láscari.

Las ocho de la noche serian del día en que debía efectuarse la boda proyectada, cuando la joven Fioretta, vestida con un elegante y sencillo traje de linó blanco, abandonada el tocador en que sus doncellas acababan de ceñir a su frente la corona de rosas blancas, simbolo de la pureza y castidad de la joven desposada.

La signora Bianchi, vestida con un rico traje negro y ornada su frente con un aderezo de brillantes, salió al encuentro de su hija, que radiante de júbilo y de hermosura se dirigía apresuradamente al gabinete donde la aguardaba su madre. Al verla venir tan joven, tan bella, un rayo de la alegría infantil que destellaba el rostro de Fioretta, se reflejó en la fisonomía de continuo triste y majestuosa de la signora Bianchi. Abrazó tiernamente a su hija, y con los ojos húmedos de lágrimas la condujo en silencio hacia un sofá, donde la obligó a sentarse al mismo tiempo que ella lo hacia a su lado.

Quedáronse así algunos minutos, ocupadas en mirarse mutuamente, sin pronunciar una sola palabra; pero adivinando en el cristal de sus pupilas los pensamientos é ideas que cruzaban por su imaginación, lenguaje mudo y misterioso, mucho mas elocuente que las mas bellas frases que han inventado los hombres para comunicarse entre sí, puesto que nos revela hasta el lugar más recóndito del alma, de la persona a quien profesamos un afecto profundo, leal y verdadero:

—¿Cuán bella estás esta noche, hija mia, dijo la signora Bianchi, siguiendo el curso de sus ideas, y cuán feliz debe ser el hombre elegido por tu corazón! El podrá gozar tranquilo y venturoso los tesoros de bondad y ternura que en él se encierran, en tanto que yo...

—Vos, madre mia... vos no os separareis jamás de mi lado y partireis con nosotros la felicidad que hoy nos sonríe, y que pronto será, no uno de esos sueños que tantas veces he forjado en mi mente, sino una dulce realidad, una verdad grande, hermosa y positiva. Julio me ha dicho mil veces: «No seremos egoistas de nuestra dicha, haremos participar de ella a todos los que nos rodean. Jamis nos separaremos de esa madre a quien tanto amais y a quien yo tambien amo y venero. Juntos iremos a todas partes, y seré aun mas real y verdaderamente feliz que lo soy con vuestro amor, el día en que la signora Bianchi esté convencida de que su dicha entra por mucho en la que yo deseo para mí.» Esto me dijo, y podéis creerlo, madre mia, porque la verdad de sus palabras estaba retratada en la nobleza de su semblante y en la dignidad de su mirada.

—Nunca abrigué duda ninguna con respecto a tu prometido; y no es de él en verdad de quien yo temo. Circunstancias particulares obligan muchas veces al hombre a separarse del camino que se ha trazado, y... ¿quién podrá asegurarnos que no empujen algunas nubes el hermoso cielo de tan brillante porvenir?

—¿Sabéis algo por lo que podais sospechar?

—No, nada sé, nada he visto, nada he oído. Es un presentimiento y nada más. Sin saber por qué, sin motivo alguno para ello, en un día que debía ser tan feliz para mí, en que debía sentir tanta alegría, me hallo triste, y siento a veces arrojados los ojos en llanto. Hi poco, cuando me hallaba esperando en la puerta de ese gabinete, al verte venir ligera y destellando alegría, un peso enorme me oprimió el corazón, los ojos se me llenaron de lágrimas, y la voz se me anuló en la garganta, sin dejarme pronunciar una palabra. Al través de la niebla que cubrió mis ojos, creí ver tu rostro pálido, caer marchitadas por una mano invisible las flores que te adornan, y trocarse tu vestido de desposada en el fúnebre sudario de los muertos... Pero creo que mis palabras te entristecen, y no quiero turbar con los delirios de mi fantasía, la paz y el regocijo de tu corazón. Olvidemos esas visiones y no pensemos mas que en la dicha que nos aguarda. ¿Vendrá Julio pronto?

—Me prometió estar aquí a las nueve.

—Puesto que falta media hora todavía, la invertiré en referirte un secreto que hasta ahora he guardado, y que no duño te será agradable saber, puesto que ha de aumentar algunos quilates a la felicidad que nos prometemos.

—Un secreto? preguntó Fioretta con curiosidad: ¿me vais a revelar un secreto que nos hará mas dichosas?

—Sí, Fioretta, sí: es un secreto que a tí te dará un hermano y a mí un hijo.

—No os comprendo.

—Ni es fácil sin que precedan algunas explicaciones.

—Hablad, hablad, estoy impaciente por saberlo.

—Has de saber, hija mia, que cuando me casé con tu padre el capitán Duprès, era ya viuda.

La signora Bianchi pronunció estas palabras con rapidez, cual si temiera que su hija pudiera conocer el grado de verdad que tenían.

—¿Con que erais viuda? Nunca me lo habeis dicho, replicó la joven con sencillez, fijando sus miradas en el rostro de su madre. Esta bajó los ojos: un vivo encarnado cubrió sus mejillas, y sin hacer alto en la observación de Fioretta, prosiguió:

—Habiame casado en secreto tres años antes con el conde Andrea Clerici, pues nuestras familias se habían opuesto a esta union. A los dos años murió el conde dejándome un hijo, del cual vivia separada por motivos fáciles de adivinar. Obligada a casarme de nuevo con el capitán Armando, dejamos al poco tiempo a Roma, donde yo vivia entonces, para ir a Francia. Los primeros meses recibí constantemente noticias de mi hijo; pero a poco fueron escaseando, hasta que al fin no volví a recibir ninguna.

—¿Y no habeis vuelto a saber desde entonces de ese niño?

—Fuéron inútiles todas las diligencias que se hicieron para averiguar su paradero. Las personas encargadas de su educación abandonaron el pueblo donde vivian, y me fué imposible adquirir noticias del punto adonde se habían dirigido. Siguiendo mi profesion he recorrido la mayor parte de Europa buscándole; pero siempre en vano. Veinte años hace ya que sucedió esto, y habia perdido toda esperanza, cuando el cielo se ha apiadado de mí, y me ha enviado noticias de mi hijo.

—¿Quién os ha dado esas noticias?

—¿Recuerdas el máscara que acompañaba a Julio el martes de Carnaval?

—Fué él?

—Me habló de lo que yo creía un secreto, pero del cual estaba perfectamente orientado; y aunque nada me dijo que aclarase mis dudas, he rogado a Julio le pidiese de parte mia algunas explicaciones.

—Y bien, ¿qué ha contestado?

—Esta noche, después que el sacerdote haya bendecido vuestra union, sabré el nombre y el sitio donde se halla mi hijo.

—Oh!... bendigamos al cielo, que tan pródigo de felicidad es para nosotros.

—Sí, bendigámosle, hija mia, porque devuelva a la afligida madre el hijo que tantos años ha llorado perdido.

Y madre é hija cayeron de rodillas levantando sus manos al cielo.

Un criado que entró a poco las distrajo de su oración, para anunciar que esperaban algunas personas en la sala.

Madre é hija se levantaron, y después de abrazarse estrechamente se enjugaron las lágrimas que corrían por sus mejillas, dirigiéndose hacia la puerta del gabinete.

La campana de un reloj, que en un elegante cuadro adornaba la estancia, dejó oír su argentino sonido.

—Las nueve, dijo Fioretta, y Julio no viene!...

—No tardará, contestó la signora Bianchi, y entraron en la sala.

## CAPÍTULO VII.

La sortija.

Una elegante y numerosa concurrencia llenaba el salón principal de la casa que ocupaba la signora Bianchi. Hombres de todas clases y condiciones, títulos, banqueros, literatos y artistas se agrupaban alrededor de la hermosa cantatriz para felicitarla y tributar sus homenajes a aquella muger, que durante largo tiempo habia sido el ídolo de la buena sociedad madrileña. Fioretta, sentada al lado de su madre, escuchaba distraída las amables frases de los que la rodeaban, en tanto que sus ojos, fijos en la puerta de entrada, esperaban ver aparecer a alguno cuya tardanza parecia mortificarla en estremo.

Varias señoras sentadas en elegantes y cómodos sillones agitaban sus abanicos para templar un tanto el ambiente que respiraban, mientras que a media voz se dirigían algunas palabras para comunicarse las observaciones que se hacían en el momento, bien sobre las personas que les rodeaban, bien sobre los adornos y las conversaciones que sostenían algunos de los concurrentes.

—Ve! con qué lujo está vestida esta noche la de... decía una señora de cincuenta años a su vecina; no sé a la verdad de dónde le saca para sostener ese boato. Todo el mundo sabe que su marido está arruinado.

—Oh! yo no lo extraño, añadió con maligna sonrisa la que se hallaba a su lado: malas lenguas dicen que cierto marqués es íntimo del marido.

—¿Qué adorno de tan mal gusto lleva la de Moria! Estos comerciantes tiran el dinero sin que lo luzcan sus mugeres.

—No es extraño, querida, porque hasta ahora no ha llegado a mí noticia que la Bolsa sea una escuela de elegancia y buen tono.

—¿Qué os parece la novia? Decía un joven a una niña de quince años; es muy bonita, ¿no es cierto?

—Sí... pero un poco pálida.

—Con qué afán mira a la puerta! ¿lo habeis notado?

—Es que espera ver a su prometido.

—No está aquí?

—No, no lo he visto.

—Le conoceis?

—Le vi una noche en el palco al lado suyo; es muy buena figura, y aunque algo moreno, es mejor en clase de hombres, que ella en clase de muger.

En tanto que así hablaban, el tiempo corria, y Julio no llegaba. La signora Bianchi habia notado la inquietud de Fioretta, y aunque ella misma echase de ver la tardanza de Julio, no lo demostró por no alarmar a su hija, y mas todavía por los convidados.

El sacerdote aguardaba revestido en una habitación inmediata. La conversación general, en un principio animada, iba haciéndose lánguida y decayendo por momentos. No habia ya adornos que criticar, honras que zaherir ni observaciones que comunicarse. El rostro de Fioretta se iba volviendo tan pálido como las flores que adornaban sus cabellos. Sus ojos vagaban incesantemente desde su madre a la puerta del salón y de esta a su madre. La signora Bianchi hacia lo posible por sostener la animación, y lanzaba sobre su hija miradas rápidas para sostenerla y comunicarla valor.

Al cabo de media hora la situación era insoportable: Fio-

retta estaba livida; los concurrentes empezaban á murmurar de aquella tardanza, y se preguntaban unos á otros el motivo. Erminia, cuya inquietud iba en aumento, disimulaba lo mejor posible; mas temiendo algun suceso inesperado abandonó el salon un momento para dar órdenes á varios criados, que marcharon en distintas direcciones.

Media hora habria pasado cuando volvieron con la noticia de que Julio Láscari habia desaparecido. Un rayo que hubiera caido á los piés de la signora Bianchi no hubiera causado en ella un trastorno semejante al que produjo esta noticia.

Confusa, aturdida, loca, no sabia qué hacer ni qué disposiciones dar. Consideraba el escándalo á que daría márgen un acontecimiento semejante, y la terrible impresion que esta noticia causaría en su hija, tan confiada, tan llena de gratas emociones, tan bella con sus sueños de felicidad, dos horas antes.

Recobrase al fin un poco, y abrigando todavía una vaga esperanza, volvió á mandar los criados en busca de Julio. Apenas entrada en el salon, donde nadie se cuidaba ya de ocultar la desconfianza que habia empezado á cundir, cuando un criado apareció en la puerta, para anunciar que un hombre deseaba hablar con la signora.

—¿Quién es? preguntó con viveza la signora Bianchi adelantándose algunos pasos.

—Es Beppo, el ayuda de cámara del signor Julio Láscari. Al oír este nombre, las miradas de todos los concurrentes se dirigieron con curiosidad hácia la puerta.

—Que entre, dijo con viveza Erminia. Fioletta se habia levantado al oír el nombre de Julio, y sus ojos, saltando de la órbita, se fijaron en la puerta para ver al que acababan de anunciar, en tanto que los concurrentes, con el cuerpo inclinado y la respiracion comprimida, se disponian á no perder una sola palabra, ó el mas pequeño movimiento de los actores de aquella escena.

Un anciano vestido de luto y cuya cabeza cana se sostenia vacilante sobre sus hombros, apareció en la puerta y dió algunos pasos en la habitacion.

—¿Qué hay, Beppo? preguntó la signora Bianchi interrogándole mas con la vista que con la voz.

—Vengo, dijo el anciano con voz ahogada, al mismo tiempo que de sus ojos se desprendian algunas lágrimas, á devolveros la sortija que hace algunos años disteis á mi amo en el puerto de la Habana.

—Pero esa sortija... tu amo... repuso la signora Bianchi pudiendo apenas articular estas palabras.

—Mi amo no la puede usar ya. Rogad á Dios, señora, porque acoja en su seno el alma del conde Julio Clerici, á quien vos conocéis bajo el nombre de Julio Láscari.

—Ha muerto!... exclamaron los concurrentes llenos de terror.

—Sí, ha muerto, añadió Beppo, atravesado el corazon por el seductor de su hermana, por su primo Genaro, hijo del conde Andrea Clerici y de la signora Erminia Bianchi.

Al concluir estas palabras dos gritos desgarradores resonaron en la estancia, y Fioletta y su madre, cual heridas de un rayo, cayeron desplomadas sobre el pavimento.

## CAPITULO VIII.

## El despertar de un sueño.

Dos años después de aquel en que tuvieron lugar los acontecimientos que nuestros lectores han leído en los capítulos precedentes, hallábame recorriendo las principales ciudades de Italia. Con objeto de asistir y presenciar la célebre fiesta popular de *San Ramieri*, llamada la *Luminara*, cuya descripción recuerda bajo muchos aspectos la fiesta de *las luces* en *Sais*, en Egipto, y la que me habian asegurado superaba en magnificencia á las de *San Genaro*, en Nápoles, y *San Pietro* en Roma, encamineme desde Florencia á Pisa á principios del mes de junio. Como la fiesta de que hablo no debía efectuarse hasta fines del mismo mes, determiné invertir los días que faltaban en visitar los monumentos y cosas notables que encierra la ciudad y sus alrededores.

Después de haber admirado la catedral, la celebre *campanile forte* (1), el campo santo y otros muchos edificios notables de cuya descripción, agena de este lugar, haré gracia á mis lectores, abandoné una mañana la ciudad para dirigirme á los hermosos baños de *San Guiliano*, tan celebrados en tiempo de los romanos, y que aun hoy día atraen gran número de gentes.

Dejando la ciudad á la espalda, caminaba tranquilamente por las deliciosas orillas del Arnó: el tiempo era hermoso, el aire fresco de la mañana, embalsamado con los suaves aromas que exhalaban las flores al entreabrir sus corolas, murmuraban dulcemente; las aves poblaban el espacio con sus gorjeos y trinos, y las aguas cristalinas del río se deslizaban al través de las espadañas y juncos que crecían en sus orillas, reflejando cual un espejo aquel cielo, cuyo límpido color me recordaba otro de un azul tan puro y tan hermoso: el cielo de la bella Andalucía.

Seguia embebecido en los recuerdos que escitaba en mi alma el hermoso paisaje que se extendía ante la vista, cuando llamó mi atención una forma de muger que saliendo de una pequeña casa situada á unos doscientos pasos del río, caminaba precipitadamente hácia la orilla.

La curiosidad que escitó en mí su vestido blanco y sus cabellos, que peinados en bucles ondeaban á merced del viento, hizome apretar el paso para ver su rostro, el cual no podía distinguir á la distancia que me encontraba. A los diez minutos la encontré sentada en unas piedras que habia en la orilla del río. Era una hermosa jóven de veinticuatro á veinticinco años, de mórbidas formas, pero de una palidez estremada. Su talle esbelto y gracioso se inclinaba ligeramente; su rostro descansaba apoyado en una mano de singular belleza, y sus ojos, en los cuales se notaba una espresion particular, dirigian miradas estraviadas sobre las olas que se deslizaban murmurando bajo sus piés.

A riesgo de que mi presencia la distrajerse de la meditacion que al parecer embargaba sus sentidos, me adelanté algunos pasos, y la vi inclinarse lentamente sobre el río, murmurando algunas palabras que no pude comprender, y acariciar con su mano la superficie de las aguas, que parecían ejercer sobre ella una atraccion particular.

Gran rato hacia me hallaba contemplando á aquella muger, cuyo rostro me parecia haber visto en otra parte, sin que mi infiel memoria me supiera decir dónde, cuando vino á distraerme de mis recuerdos un grito que oí lanzar á la hermosa desconocida. Dirigí rápidamente la vista hácia el sitio donde se hallaba, y la vi con la cabeza doblada hácia atrás, los brazos estendidos y próxima á caer en el río. Corrí á sostenerla, y cogiéndola por la falda del vestido, la aparté de la orilla; mas como viese no hacia ningun movimiento, conocí se hallaba desmayada, y tomándola en mis brazos, me dirigí apresuradamente á la casa de que la habia visto salir media hora antes.

A mis voces salió un anciano, el cual, al ver á la jóven, quiso aliviarme de su peso; pero viendo que yo no so taba tan preciosa carga, hizome seña de que le siguiera, y me introdujo en una habitacion, donde me dejó solo, para volver á los pocos instantes con varios frascos de esencias, que hizo aspirar á la jóven, á quien yo habia colocado lo mejor que me fué posible en un sillón.

—Pobre Fioletta!... murmuraba el afligido anciano... Pobre Fioletta!

Este nombre fué un rayo de luz que iluminó mis recuerdos, disipando las tinieblas que me habian impedido recordar el nombre y las circunstancias en que habia conocido á la jóven desmayada. Iba á dirigir algunas preguntas al anciano, cuando este llevándome del brazo:

—Ya vuelve en sí, me dijo, apartémonos á un lado, pues la vista de un extraño pudiera causar en ella alguna impresion desagradable.

Obedecí y nos retiramos á un estremo de la habitacion. El desmayo iba cesando en efecto; la jóven abrió lentamente los ojos, dejó escapar un profundo suspiro, é incorporándose un poco:

—Julio!... murmuró con débil voz; Julio... oh!... no viene!

—No es todavía la hora, dijo el anciano adelantándose.

—Volverá, no es verdad, Beppo?...

El anciano hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—Ah!... entonces, añadió levantándose, voy á ponerme mi corona y mi velo de desposada... No quiero hacerle esperar.

Y abriendo una puerta que estaba enfrente de aquella por la cual habiamos entrado poco antes, salió de la habitacion diciendo:

—Vendrá, vendrá... me lo ha prometido!

El anciano se volvió hácia donde yo estaba con los ojos llenos de lágrimas.

—Pobre jóven! le dije... Pobre Fioletta!... ¡Está loca!...

—La conocéis? me preguntó.

—No es la hija de la signora Bianchi, la jóven cuyo prometido fué muerto en Madrid hace dos años, la noche misma en que debía efectuarse la boda?

El anciano me miró asombrado.

—¿Cómo podeis saber lo que aquí todos ignoran?

—Fui uno de los que oyeron aquella terrible noticia, que nos dejó helados de terror á todos, y á través de la que se descubre un misterio que nunca he podido penetrar.

—Oh!... sí, todo el mundo ignora los acontecimientos que prepararon la catástrofe de aquella noche; únicamente tres personas conocian ese misterio, y dos han muerto ya... Pero dispensadme; veo que estos recuerdos no pueden menos de causaros tristeza, y tal vez os estarán molestando mis palabras.

—Muy al contrario, mi mas vivo deseo seria el de haberos inspirado bastante confianza para que me contaseis una historia que tanto interés escitó entonces, y que solo dos podeis hoy referir con verdad.

—Muy penoso para mí es revelar ese secreto; pero habeis presenciado el desenlace del drama, me habeis prestado un servicio, y es justo que yo pague la deuda que he contraído.

El anciano me refirió entonces lo que nuestros lectores han tenido ocasion de saber en el trascurso de esta novela. Sin embargo, como notase en ella algunos vacios, diré á mis lectores las preguntas que hice con este motivo, y las respuestas que me dió el anciano Beppo.

—¿Quién era, le pregunté, el máscara desconocido que acompañaba á Julio el martes de Carnaval?

—El conde Andrea Clerici.

—¿No habia muerto?

—No: encausado y preso por haber tomado parte en la revolucion de Nápoles el año 23, habia logrado fugarse de la prision. Conocido por Julio y por mí únicamente, habia acompañado á mi amo en algunos de sus viajes, los que aunque aparentaban ser de recreo tenian un fin político. Descubierta esto por una revelacion que nunca he sabido quién dió, vióse el conde obligado á huir de Madrid. Refugióse en el Piamonte y murió al poco tiempo en la desgraciada batalla de Novara.

—¿Sabeis qué motivaba el odio de Julio y Genaro?

—Este último habia sido el amante de la hermana de mi desgraciado amo. La jóven creyó en el amor de Genaro, y este, después de haberla seducido, la abandonó.

—¿No habeis vuelto á saber de él?

—Nada.

—¿Y la signora Bianchi?

—La desgracia que presenciasteis la produjo una enfermedad que la llevó al sepulcro. En cuanto á su hija, cuando volvió de su desmayo estaba loca. Este habia sido el despertar de aquellos sueños de felicidad que tanto la halagaban, y que realizados, tan dichosos debian haber hecho á todos los personajes de esta historia.

—¿Por qué abandonasteis á Madrid?

—Porque sentia acercarse mi última hora, y no queria que la pobre loca, confiada á mis cuidados en el lecho de muerte de su madre, quedase cuando yo muriera abandonada en una tierra que tan fatal ha sido para ella y las personas que la rodeaban. Después de la muerte de la signora Bianchi dejé á Madrid, y con parte del dinero que constituia la herencia de Fioletta, compré esta casa, donde vivo con un hijo, que después de mí cuidara de esa infeliz jóven. Aquí nadie nos conoce, nadie sabe de dónde hemos venido; pero todos nos compadecen y nos aman. Vivimos oscuros y tranquilos; pues solo vos, después de dos años, habeis reconocido á la prometida de Julio Láscari, en la que los aldeanos de la comarca llaman *la Loca de San Guiliano*.

EUGENIO MARTINEZ CUENDE.

3 de julio de 1851.

## CANTOS POPULARES DE SUECIA.

## El castigo.

—Si todas estas montañas fueran de oro; si todas estas olas fueran de vino, todo lo daría por tí, mi única amada.

—Si es cierto lo que me dices, si quieres ser mi amado, sígueme á la morada de mi padre y pídele dignamente mi mano.

—Ayer estuve en casa de tu padre. Me ha respondido que no. Amada mia, no tomes otro consejo que tu deseo, y sígueme á mi país.

—Si no tomo mas consejos que el que me dé mi deseo, y te sigo fuera de mi patria, cuando lleguemos á un país extranjero, me engañarás seguramente.

—No engañaré al Cristo enclavado en la cruz, y menos te engañaré á tí.

Pero cuando llegaron á un país extranjero, el infiel escogió otra novia.

Cogió su pañuelo, y pegando á la jóven en el rostro, la dijo:

—¿Por qué has dejado tu patria con un caballero antes de que se hubiera casado contigo?

—Si vivo el tiempo suficiente para superar mi dolor, llegaré á ver el día en que vendrás á mi puerta pobre y miserable.

Si llego al tiempo en que venza mi pena, te veré venir ciego y paralítico á la morada de mi padre.

—Vivirás bastante tiempo para superar tu dolor, pero no para verme pobre y miserable.

¿Cómo he de llegar ciego y paralítico á la morada de tu padre? Tengo una silla de oro puro y unas bridas de plata brillante.

Después de siete años y siete días, Dios oyó los ruegos de la jóven. Llega á su puerta un mendigo que pide un pedazo de pan.

—Levantaos, hijos míos, levantaos, y sostened á vuestro padre. Recuerdo aun perfectamente los días en que fué mi amado.

Levantaos, hijos míos, levantaos, y dad pan á vuestro padre. Recuerdo aun perfectamente los días en que galopaba sobre una silla de oro rojo.

La jóven coge un pañuelo, y pegándole al mendigo en el rostro, le dice:

—¿Por qué has dejado tu patria con un caballero antes de que se hubiera casado contigo?

Al insertar en nuestro penúltimo número la noticia sobre la composición del señor Gosttchalk, titulada *El sitio de Zaragoza*, se omitió advertir el nombre del autor de la descripción, que es el señor Zapata.

## SOBRE EL CARÁCTER DEL FEUDALISMO EN ESPAÑA.

por D. Alberto Lista.

## (Conclusion.)

Bien se vé que estos homenajes, aunque se hubiesen conservado todos, no dividían la monarquía: no eran desmembraciones, sino aumentos de los bienes de la corona: no procedían de la debilidad de los monarcas que daban provincias á feudo, sino de su valor y sus hazañas, que sometían á tributo las provincias que eran antes independientes. No tuvieron pues el mismo origen que los feudos franceses y alemanes: no podían pues producir los mismos efectos.

En fin, porque nada nos quede sin responder, Vizcaya y Guipúzcoa jamás fueron feudos de la corona de Navarra, Leon ó Castilla. Fueron soberanías independientes, que habiéndose mantenido libres de los árabes, tenían un jefe con el nombre de señor; dignidad que vino á re-aer últimamente en los reyes de Castilla. Los fueros y privilegios de que gozaron y han gozado desde el principio de la monarquía, nos dirán si estuvieron sometidos á la esclavitud del feudalismo (1).

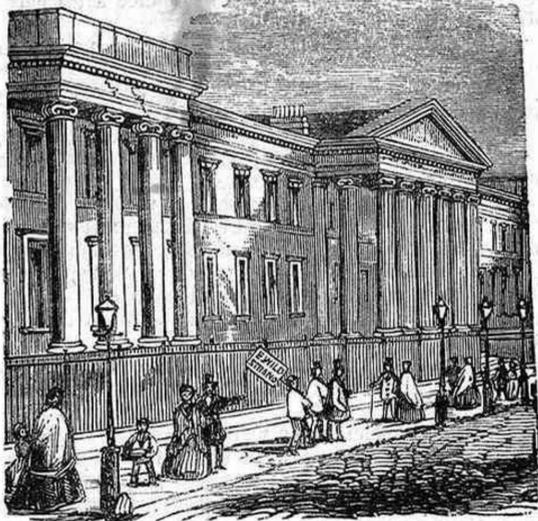
Vemos pues que en España fué desconocida la esclavitud del terruño, cuando era el estado habitual del pueblo en los países feudales; porque la nacion era guerrera y valerosa; porque los señores tenían necesidad del pueblo en la guerra religiosa y nacional que perpetuamente sostenían con los árabes; porque el arma de infantería fué mas estimada en España que en ningun otro país; porque las grandes ciudades tuvieron fueros y mesnadas propias; porque las cartas pueblas concedidas por los reyes ó por los señores, daban á los vecinos, aunque fuesen del estado llano, los derechos que no pueden convenir á los esclavos. Vemos tambien que la soberanía no se dividió y subdividió en España en infinitos raudales, porque el título y prerogativas de emperador, que afectaron y ejercieron algunos reyes de Castilla, cesó muy en breve, y además no era una division, sino un aumento del poder real; porque, aunque algunos reyes, por la vanidad de que todos sus hijos lo fuesen, dividieron sus estados, la necesidad de oponerse al enemigo comun los volvía pronto á reunir, y el escarmiento de las guerras civiles hizo que se renunciasen desde muy temprano á tan pernicioso costumbre; porque los feudos concedidos á los señores no eran provincias ricas y opulentas, sino fronteras taladas que tenían que defender y poblar; porque los señores necesitaban del poder y las fuerzas de los reyes para sostener sus pequeños dominios contra los ejércitos poderosos de los sarracenos; porque España nunca conoció mas jefe ni legislador que su rey; porque los feudos eran poco considerables, y no formaban provincias redondeadas capaces de inspirar á los señores el deseo de ser soberanos; y en fin, porque no fueron legalmente hereditarios hasta una época en que la autoridad real estaba tan arraigada y era tan poderosa, que debían sucumbir todos los grandes vasallos que aspirasen á la independencia.

No tuvo pues el feudalismo en España los dos caracteres que lo hicieron tan peligroso en Francia, Alemania é Italia, á saber: la division de la soberanía y la servidumbre del pueblo. Quien dude todavía de esta verdad, no tiene mas que

(1) El fuero actual de Vizcaya fué redactado durante el reinado de D. Felipe II.

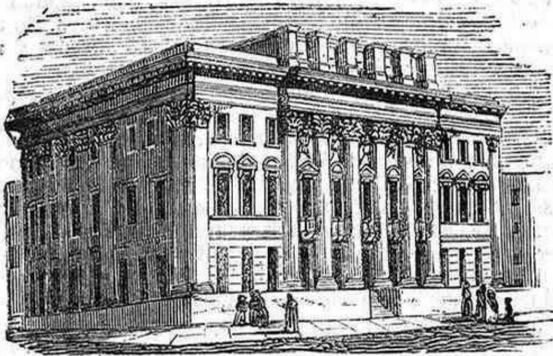
(1) La torre inclinada.

abrir los anales de aquellas naciones, y decir después de buena fé si encuentra en toda la historia de España alguna cosa que se asemeje á los pares de Francia, que no dejaron á la descendencia de Carlo Magno mas patrimonio que la ciudad de Leon: á las baronías normandas de Inglaterra, que es-



Nueva Administracion de Correos.

clavizaron toda la antigua poblacion sajona y danesa; á los electores de Alemania, que acabaron por ser los soberanos de sus respectivos países, subdivididos en nuevas soberanías pequeñas, á cada nueva generacion (1): ó á los grandes feudos de Italia, de los que vemos muchos convertidos en estados independientes. Examinense los reinados de Hugo Capeto y de sus sucesores hasta Felipe Augusto esclusivo: todos ellos se intitulaban reyes de Francia: los grandes del reino, mucho mas poderosos que ellos, les rendian homenaje por los feudos que poseian: y sin embargo, aquellos reyes de reyes apenas tenian fuerzas para someter á un vasallo inmediato, y su autoridad era absolutamente desconocida en los estados de Guiana, Aubernia, Tolosa y Flandes, hasta tal punto, que habiéndose celebrado el concilio de Clermont en el centro mismo de la Francia, su rey Felipe I no tuvo parte alguna en su convocacion ni en sus determinaciones. En él se escogió á Felipe: en él se predicó la primera cruzada, que fué uno de los acontecimientos mas notables de aquel siglo: y sin embargo, todo se hizo sin la participacion y contra la voluntad del monarca. La cruzada contra los albigenses y la desmembracion del condado de Tolosa, que era uno de los feudos mas considerables de la corona, abrasó en el incendio de una guer-



Goldsmiths' Hall.

ra civil todo el mediodia de Francia, sin que el rey Luis VIII tuviese en sucesos tan considerables la menor parte. ¿Cuándo se ha visto esta inaccion, esta impotencia en los reyes de Castilla ó de Aragon?

Yo he procurado en la redaccion de esta memoria desprenderme hasta de las preocupaciones mas legítimas, como son el amor de la patria, el aprecio de nuestra nobleza y la adhesion á las instituciones monárquicas: y cuando he procurado libertar á mi nacion de la nota del feudalismo, que la barbarie echó sobre todas las demás, no lo he intentado, atribuyendo á los españoles un grado de sabiduria y sensatez, impropio de aquellas épocas. Si mi nacion se libró de los inconvenientes mas graves de la anarquía feudal, es porque se halló en circunstancias que hacian imposibles el establecimiento de este régimen en la península. Toda esta memoria se dirige á manifestar cuáles fueron estas circunstancias, y cuáles las medidas políticas que debieron inspirar á los príncipes y á los pueblos.

No he hecho mas que señalar los puntos principales de un inmenso cuadro; pero el llenarlo es empresa superior á mis fuerzas y á mis medios. Por eso he escrito solamente una breve memoria sobre una materia que exige un gran volumen.

ALBERTO LISTA.

(1) En los estados de Sajonia y Brunswik y otros muchos del imperio, era costumbre que un señor repartiera por su testamento sus estados entre todos sus hijos, para que ninguno dejase de ser independiente. De aquí se origina el gran número de familias soberanas de nombre compuesto. Véase á Puffendorf, *Historia del universo*, en la de Alemania.

## UN PASEO POR LONDRES.

Mil vistas de París y de sus monumentos se han publicado y circulan en España; poquísimas son las que corren de Londres, la verdadera metrópoli del mundo civilizado, la ciudad de los palacios, la poblacion mas grande, mas suntuosa, mas magnífica, mas bella de nuestra edad. Esta observacion ha hecho nacer en nosotros el pensamiento de dar á nuestros lectores un paseo por la capital del reino unido, paseo breve que distribuiremos en los siete dias de una semana, y cuyo interés nos parece indudable: para los que hayan visitado á Londres será un recuerdo, para los que le visiten ó hayan de visitarle una guía, para los que no se hallen en ninguno de estos casos, tendrá tambien interés, porque esta descripcion les familiarizará con los principales sitios de aquella vastísima ciudad, y les facilitará la inteligencia de los sucesos que en ellos ocurran, y que LA ILUSTRACION habrá de consignar como periódico de actualidad.

Dejemos á un lado la parte histórica de Londres, y empecemos desde luego nuestro paseo recorriendo los edificios y los monumentos, de la manera mas ordenada que podria visitarlos un viajero que hiciera la misma excursion por las calles de aquella capital.

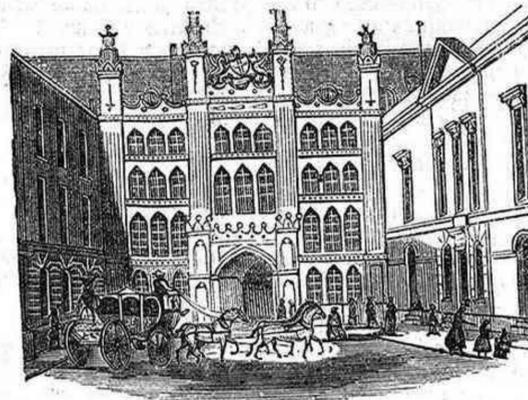
Empecemos por la Catedral de San Pablo. Este magnífico edificio ha obtenido tal celebridad en todo el mundo, que entre los templos religiosos de Europa se le coloca después del de San Pedro en Roma. Ocupa 9,680 varas cuadradas de terreno, y tiene de largo de Este á Oeste, dentro de sus muros, 500 piés; su ancho de Norte á Sur es de 286 piés, y el



Santa María-Le-Bow.

circuito de todo el edificio es de 2,292 piés; la elevacion hasta la cima de la cruz es de 404 piés; la circunferencia de la bola sobre la cual está la cruz y en cuyo interior pueden sentarse doce personas, tiene 49 piés, y la misma cruz 30. El frontis al Oeste (como se verá por el grabado) en direccion de la calle Ludgate, es en extremo elegante. El pórtico que forma la entrada principal, consiste en doce columnas de orden corintio, con un sobre-pórtico de ocho columnas de orden compuesto, sosteniendo una moldura esculpida. El entablamento representa la historia de la conversion de S. Pablo, con bajo relieve, obra de Francisco Bird. Los principales objetos de curiosidad de este edificio son la galeria embovedada del secreto, la escalera geométrica, el reloj y la gran campana, los panteones ó bóvedas, y el modelo original sacado de los diseños de sir Cristóbal Wren. La galeria del secreto deriva su nombre de la reproduccion de los sonidos, de modo que el ruido mas imperceptible es transmitido clara y distintamente al oído á la distancia de 100 piés, que es el diámetro de la pieza en este lugar del edificio. La campana que da las horas se distingue de todas las demás de la metrópoli, y se oye á la distancia de veinte millas. El costo total de este espléndido edificio ha sido de millon y medio de libras esterlinas.

Saliendo de él por el pórtico del Norte, se pasa al extremo Nord-Este del patio de los sepulcros, y cruzando en el extremo de Cheapside, se percibe casi en frente la NUEVA ADMINI-



Guildhall.

ISTRACION DE CORREOS, situada en la calle San Martin le Grand. La arquitectura de este edificio es considerada generalmente como un modelo en su clase. Fué principiado en 1825, segun el plan que dió el caballero D. R. Smirke, y quedó terminado en 1829. Tiene 400 piés de largo y 80 de ancho. El pórtico

tiene de largo 70 piés y 20 de ancho, y se compone de seis columnas de piedra Portland, que tienen su asiento sobre pedestales de granito y sostienen una moldura triangular. Debajo del gran salon hay un *tunnel* por el cual se traspasan las cartas de un departamento de la administracion á otro.

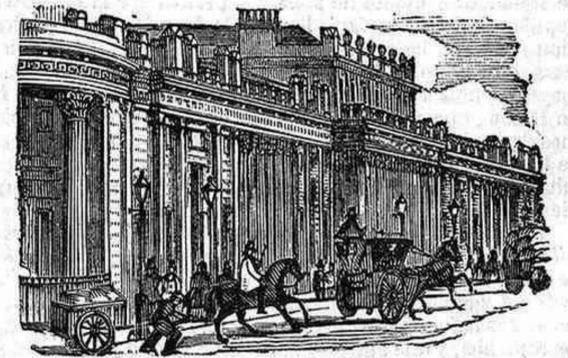


Mansion House.

Detrás de este edificio sigue el callejon Foster, donde está situado GOLDSMITHS' HALL, que tambien es una de las obras que adornan la ciudad de Londres. Es de arquitectura italiana, segun el diseño del caballero S. Hardwicke. Dando la vuelta á Cheapside, se presenta á la izquierda, en el número 113, el estenso establecimiento de los señores Reeves é hijos, célebre manufactura de colores á la aguada, cuyo procedimiento ha llegado al mayor punto de perfeccion.

Casi enfrente del lado Sur, se halla la iglesia de SANTA MARIA-LE-BOW, obra maestra de Sir Cristóbal Nreu. Fué edificada en el año 1673 sobre el terreno de un antiguo edificio destruido por el gran incendio de Londres.

Al extremo de la calle King, hay otro famoso edificio llamado GUILDHALL, de la ciudad de Londres. Esta hermosa obra, cuya constructura y pavimento es de piedra, tiene 153 piés de largo, con 48 de ancho y 55 de alto. Tiene capacidad para setecientas personas, y está destinada para las funciones cívicas, para la eleccion de miembros de parlamento, oficiales cívicos, y reunion de los ciudadanos de Londres. Debajo de la ventana del Oeste se ven las figuras colosales de *Gog* y *Magog*, con las cuales se quiere representar á un sajón y á un antiguo breton. Los monumentos que contiene el interior



El Banco de Londres.

de este edificio merecen atencion, particularmente aquellos erigidos á expensas de la ciudad á la memoria de Nelson, Pitt y Beckford; este último fué el corregidor que se hizo célebre por la enérgica respuesta que dió á Jorge III, y se halla grabada al pié del monumento.

Inmediato se halla el noble edificio conocido con el nombre de MANSION HOUSE, residencia pública del corregidor de Londres. Su estension y orden de maciza arquitectura produce un efecto magnífico; un vasto y estenso pórtico compuesto de seis pilares de orden corintio, con dos pilastras en cada lado, forman el principal ornamento del frontis. La moldura del pórtico está adornada con esculturas alegóricas, ejecutadas segun el diseño de Sir R. Taylor, que representan la riqueza y esplendor de la ciudad de Londres.

Cruzando la calle, atrae la atencion del extranjero una de las mas espléndidas obras de arquitectura que encierra la ciudad de Londres, á saber: EL BANCO DE LONDRES, que fué erigido en varias épocas, y terminado en su actual espléndido estado, por el ya difunto sir Juan Soane. Parte de él es perfectamente igual al templo de Tivoli. El elegante arco de la entrada que conduce al patio *Bullion*, está copiado del Arco triunfal de Constantino en Roma. La principal oficina de la *caja*, está igualmente construida en imitacion del templo del Sol y de la Luna en Roma. El banco de Inglaterra fué instituido por acto del Parlamento en 1694. El lugar que ocupa este emporio nacional de riqueza, formaba en otro tiempo parte del fondo del rio Támesis.

(Continuará.)

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTO-ROSCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26